

AMERICA LIBRE

● TRIBUNA DEL PENSAMIENTO

DE LA REVOLUCION AMERICANA

1955

1

SEPTIEMBRE - OCTUBRE

SUMARIO

NUESTRA MISION (pág. 1). Miguel Angel Asturias: **META VERTICAL** (pág. 3). Alejandro Korn: **CLASE INEDITA SOBRE HISTORIA DE LA FILOSOFIA** (pág. 4). Ricardo Franco: **TESIS ANTI-IMPERIALISTA** (pág. 9). Manuel Galich: **BOCETO SOBRE GUATEMALA** (pág. 15). Dardo Cúneo: **MARTI Y EL FALSO DILEMA** (pág. 23). Juan Cuatrecasas: **EL SIGNIFICADO ESTRUCTURAL DE LA DEMOCRACIA** (pág. 30). Luis Emiro Valencia: **EL FONDO SOCIAL DE DOÑA BARBARA** (pág. 34). Orlando C. Rojas: **CARTA A GERMAN ARCINIEGAS SOBRE EL PARAGUAY** (pág. 40). Rómulo Gallegos: **LA ALIANZA HISPANO-AMERICANA** (pág. 45). **ITINERARIO AMERICANO**. Antonio Sastre: **POSTAL DEL BRASIL. LA MASCARA Y LA REVOLUCION** (pág. 47). Marcos Merchensky: **EL SINDICALISMO ESTADOUNIDENSE Y NUESTRA AMERICA LATINA** (pág. 48). **ADHESION PARAGUAYA A LA REVOLUCION BOLIVIANA** (pág. 50). **REFORMA AGRARIA EN CHILE** (pág. 51). **VIDA Y PASION DE LA CULTURA**. Enrique Grande: **PANORAMA TEATRAL ARGENTINO** (pág. 56). Fanny Yáñez: **CUENTO PARA LOS NIÑOS DE MAÑANA: DON JESUS DE AMERICA** (pág. 58). **GUIA DE LECTURAS**. Manuel G. García: **NACIONALISMO Y SOCIALISMO EN AMERICA LATINA**.

AMERICA LIBRE

Registro de la Propiedad Intelectual (en trámite)

Suscripción Anual

Argentina	\$ 35.00 m/a.
Paraguay, Chile, Bolivia y Uruguay ..	\$ 40.00 m/a.
Otros países	3 dólares
(Incluyendo franqueo por vía aérea).	
Ejemplares sueltos	\$ 7.00 m/n.

Giros y Cheques: Remitir a la orden de
César Maricevich - Balcarce N° 1149
CIUDADELA - F. C. N. D. F. Sarmiento

Editorial 14 de Mayo

Tribuna de Divulgación y Cultura Paraguaya y Americana

Río de Janeiro 802 - Buenos Aires

Títulos Publicados

PARAGUAY... UN PAIS
QUE MUERE?,

por PEDRO BAEZ ACOSTA

TEMAS DEL DERECHO
CONSTITUCIONAL

PARAGUAYO,

por VICENTE ZAYAS

LA FUNCION DE LOS
PARTIDOS POLITICOS
EN LA DEMOCRACIA.

por RICARDO FRANCO

DERECHO DEL TRABAJO.

ESTUDIO DE SU
DESARROLLO EN

EL PARAGUAY

por CARLOS A. CARONI

Títulos en Preparación

FEBRERISMO,
EXPRESION

PARAGUAYA DE LA
AMERICA NUEVA.

por CARLOS A. ZELADA

CULTURA Y CULTURA
PARAGUAYA,

por CARLOS A. CARONI

HISTORIA POLITICA
DEL PARAGUAY,

por RICARDO FRANCO

LA HORDA

(Novela del drama político-
social paraguayo)

por JUAN SILVANO

DIAZ PEREZ

AMERICA LIBRE



BUENOS AIRES

I

SEPTIEMBRE - OCTUBRE

1955

NUESTRA MISIÓN

MAL haríamos al iniciar esta publicación si no dijéramos algunas palabras para explicar de dónde venimos y qué propósitos impulsan la labor que de este modo iniciamos. Es previo definir y definirnos pues estimamos incompatible con todo esfuerzo orientador o simple función impulsora de ideas, la media palabra, la equidistancia neutral o el renunciamiento con fines de acomodo fácil. Por sobre todas las cosas, en esta hora múltiple y vertiginosa del mundo, somos fervientes partidarios de la claridad: claridad en el concepto, claridad en el estilo y, fundamentalmente, claridad en la conducta.

Bajo tales auspicios, alzamos hoy esta tribuna, que será tribuna independiente puesta por entero a servir los ideales de la liberación americana. Quienes hemos decidido fundarla —ciudadanos provenientes de distintas latitudes del continente y hermanados fraternalmente en tales ideales— nos proponemos, libres de ataduras y de compromisos con intereses de ninguna clase, impulsar una labor de estudio, divulgación e información sobre los complejos problemas que afrontan nuestros pueblos y naciones en el proceso de su acción libertadora. En tal sentido, venimos a recoger esas viejas verdades que sirvieron calificados adalides del pensamiento americano, para afirmarlas y renovarlas en la prédica bien inspirada, como un aporte más al esfuerzo que contemporáneos nuestros vienen realizando, intencionados tam-

bién en idénticos propósitos. Para ellos, ratificamos nuestra fe en la tradición americana, en esa tradición forjada con aliento imperecedero de libertad, con vocación de justicia y con heroica decisión emancipadora, a la que asociamos los nombres ilustres de nuestros libertadores de espadas y de pensamientos. Tradición siempre actual que alienta y fecunda la lucha de los pueblos oprimidos de América por la plenitud de sus destinos.

Seruir tan honrosa tradición, actualizandó su contenido con el socialismo americano y buscar por el camino de la libertad y del estilo democrático, la liberación del hombre y de los pueblos, es de por sí una misión digna y plena para una generación nueva.

Y en este proceso de nuestra lucha, la prédica de América Libre será prédica de aliento por la unidad de los pueblos del continente, pues con ello estaremos contribuyendo a la victoria de la América-Pueblo contra la América-Intereses. Dicho en términos más claros, América Libre será tribuna de la lucha anti-imperialista. Lucha anti-imperialista que no tiene fronteras en América, desde que los intereses imperialistas se dan en todas y cada una de las repúblicas hermanas, como en todas y cada una de ellas, se dan también los movimientos de resistencia y lucha contra su acción opresiva.

Asimismo, nuestra prédica será clara y terminante en la defensa de los derechos humanos y de los valores creadores de la cultura, valores que sólo pueden fecundar su limo de liberación en cuanto se prodiguen en la libertad. Consiguientemente, estamos y estaremos contra todos los sistemas totalitarios que niegan al hombre y esclavizan a los pueblos. La liberación de los pueblos de América no vendrá ni del imperialismo del norte ni del totalitarismo soviético. Vendrá por la acción unida de ellos mismos en la medida de su mayor comprensión y de su mayor decisión por lograr la victoria de la Libertad y la Justicia Social contra toda opresión.

De este modo, dejamos presentada esta revista a los lectores de América.

M E T A V E R T I C A L

por MIGUEL ANGEL ASTURIAS.

¡Salve, arquitectos, edificadores.
os habla una ciudad por las ciudades!
El sol al sumergirse en el océano
me burla con las olas, caracoles
iguales a mis casas, a mis templos,
a mis arquitecturas anticuadas.
Imaginad al hombre en cuatro manos
y habréis imaginado sus ciudades
cuadrúpedas. Tal soy, pero mañana
puedo alzarme del suelo a vuestra imagen
y ponerme de pies, alta y bimana.

De los tallos tomad lo que la línea
celeste de mis calles necesita,
sin coronas de esquinas, sed piadosos.
De las ramas tomad resortes de hombro
para hacerme flexible, casi aérea,
de estatura de nube que se yerga,
donde acabe lo real de su estructura,
como un sueño de hierro y de cemento.

Por aquí, por allá, por todas partes
está brotando vidrio hecho de aire,
eléctrico, candente, manejable,
para mi nuevo ser de araucaria,
de rascacielos vegetal de pájaros,
mientras solloza el esquilón del tiempo
que agoniza de viejo en ex ciudades
de túneles de casas con ojerazas

Espacio vegetal y tiempo humano
para el ocio, desterrada la prisa
más allá de la prisa de las alas,
más allá de la prisa de la sangre
que llega a todas partes sin fatiga,
así será construída en el futuro.
Los árboles sembrados en los parques,
frente a los edificios, pero adentro
por no impedirlo el murallón cerrado
y dentro de las casas los celajes,
las estrellas, la noche incomprendida.

De a cascada guardaré la fina
respiración del iris en la brisa
para alumbrar la sed de mis resedas,
para mojar la luz de mis jardines.
Del silencio del mar, cuando sereno
acompaña a los grandes trasatlánticos,
me daréis el callar instrumentado
de una ciudad con música de astros.

Ventanales de atmósferas diluídas,
más amplios que los brazos de los brazos
que bajan a abrazar los manantiales,
crearán abstracto y melodioso el clima
que no haga al hombre tiritar de frío
ni sofocarse en el verano amargo.

Por el fruto maduro, por el beso
que se partió al partir nuestra aventura
en tu duro trabajo cotidiano
y mi esperanza siempre arrodillada
ante la vida diaria, gritad, mía,
y estaciones dentadas, rutinarias,
y almanaques, y básculas, y horarios.

Soy un túnel de casas largo, largo,
soy un peine de calles para piojos,
una plaza enredada en cuatro esquinas,
resbalosa de luna, transeúntes
y móviles inmóviles tranvías,
una fotografía acidulada
en el llanto inocente de los niños,
y sin valirme torres, que las torres,
esos largos pescuezos de jirafa,
sólo son altas para recordarme
que soy la gran ciudad encucillada.

Lo que llamáis orgullo de ciudades
son empresas de cielos en conserva
vistas desde el bostezo de los patios,
son porfías alómbregas... ¡Vaciádlas!
La salvación es simple como el Arca
y el naufragio total como el Diluvio.

Alzada hasta los cielos, temeraria,
en armazones rítmicas, escalas
de cien, doscientos y trescientos pisos,
entre mis melodías verticales,
hombres en ascensores como ángeles
y no en penoso tránsito de hormigas,
como ahora los vemos por las calles,
así construída en el futuro,
que esa ciudad con que soñamos todos
será posible si olvidando el molde
triste y enano de esta edad ambigua,
la máquina domada y el espacio
regalado en la altura. Todo vivo,
todo vivo en esa ciudad nueva
empleamos en construirla acero y vidrio,
que necesita ser edificada.

CLASE INEDITA SOBRE HISTORIA DE LA FILOSOFIA

por ALEJANDRO KORN.

PARECE natural que empezara diciendo qué es la Filosofía, aunque nosotros no vamos a hacer Filosofía, sino Historia de la Filosofía. Diciendo qué es la Filosofía tendríamos que hacer una definición; pero las definiciones no explican nada, no hacen más que referir el objeto que se requiere definir a otro que se supone más conocido. Tratándose de la Filosofía es más difícil aún. No adelantáramos nada si dijéramos que la Filosofía es la ciencia de los primeros principios. Cuando terminemos el curso estaremos en mejores condiciones que al empezar para intentar decir qué es la Filosofía. Objeto de la Filosofía son una serie de problemas que surgen en nuestro espíritu solicitando una solución que hasta ahora ha sido siempre, con fortuna, variada y discutible; podemos afirmar que hasta la fecha no se ha encontrado una solución definitiva para estos problemas. El valor de las soluciones lo vamos a ver más adelante, cuando veamos cuáles son esos problemas y cómo en el transcurso de la historia humana se ha tratado de responder y solucionar los problemas que la Filosofía presenta.

Remontémonos con la imaginación a los tiempos más primitivos de nuestra especie. Supongamos al hombre apenas surgido del nivel de la animalidad, empezando a reflexionar aunque sea torpemente sobre la solución de estos problemas; más que por el raciocinio, instintivamente; sin tener una conciencia clara de lo que surge en su espíritu. Imaginemos a nuestros antepasados remotos frente a la Naturaleza, luchando y obedeciendo a las grandes leyes que rigen la vida de todos los seres vivos. La propia conservación y la defensa de su existencia frente a todo lo que hay a su alrededor. En estas condiciones fácilmente observa que hay acciones y factores que lo favorecen, como la luz del día, y que hay otras que lo perjudican. Entonces, ha debido preguntarse: cómo es que todo lo que actúa en su torno y ejerce influencia considerable sobre sus destinos depende de factores sobre los cuales no tiene él ninguna acción. Ha visto que está rodeado de fuerzas y energías que le deparan la buena o mala fortuna y ha debido proporcionarse los buenos factores contrarrestando los malos; ha supuesto también que todo lo que actúa sobre él es debido más o menos a seres semejantes a sí mismos, seres dotados de voluntad, con la intención de hacer bien o mal, según el caso, y entonces, hasta donde le permite su escasa imaginación, lo ha concretado en fetiches o elementos naturales: ya una piedra, ya un bosque, un árbol, etc., que representaban simbólicamente todas las energías naturales y así tenemos como especifica el espíritu humano sus primeros intentos de construcción religiosa o mitológica. A medida que progresa la cultura humana la mitología se va perfeccionando y tomando otras formas. Los pri-

meros fetiches se concretan en ídolos y luego se evoluciona hasta la imagen luminosa de Jesús o de Palas Atenea, concepciones éstas elevadas y que suponen una alta cultura.

Toda esta evolución, desde el fetiche hasta el Dios único, se verifica en los puntos más distantes del globo, y en general con los mismos procedimientos. La mitología de los pueblos arios es, en general, la personificación de la acción de la luz. La palabra Dios tiene la misma raíz que luz y etimológicamente no significa otra cosa que genio de la luz. El sol era para el hombre primitivo el Dios por excelencia; él disipaba las tinieblas de la noche y traía la abundancia de primavera y verano. El proceso se desarrolla en los más distintos pueblos. Aquí, en América, tenemos, por ejemplo, en los Incas una mitología muy desarrollada, en la cual el sol es el centro de toda la religión y ya había llegado a concebir que más allá del sol existía un Dios abstracto que no se materializaba. ¿A qué objeto responde este desarrollo mitológico sino a satisfacer ciertas dudas, ciertas preguntas? ¿Cómo existe el Universo? ¿Cómo existimos nosotros? ¿Qué papel desempeñamos en el mundo? Naturalmente, en pueblos dispersos cada uno desarrolla su mitología doméstica, pero, al ponerse en contacto con otros pueblos se unifican y adquieren un mismo carácter: se intercambian Dioses y se llega a formar una mitología común. Llega el momento en que la imaginación fantástica se apodera de todo el material mitológico y se engrandece. Es lo que hizo Homero en Grecia que, tomando los Dioses y constituyendo el Olimpo, coordina, subordina en distintas jerarquías a los Dioses, con un jefe supremo. Entonces, el problema filosófico ya encuentra una solución en Homero. Es la poesía que se apodera de la mitología para explicarnos la razón de ser nuestra y del Universo. No tiene Homero propósito filosófico, pero sí lo tiene Hesiodo que escribe composiciones versificadas, en las que trata de explicarnos toda una cosmogonía: el origen del Universo, del hombre, el objeto de la vida. Aparecen, luego, otros poetas más o menos populares cuyos nombres no conocemos, pero que la tradición refiere al legendario Orfeo, que aborda las cuestiones en idéntica forma. Vemos ya que la humanidad ha pasado por dos períodos: primero, religioso; segundo, poético. En algunos pueblos ha surgido un tercero. Después de haber intentado resolver estos problemas por la mitología o por la poesía llega un momento en que se dice: ¿No disponemos de un medio mejor para resolver estas cuestiones? Y se hace uso de la razón. La mitología es cuestión de fe, de la cual no tenemos conciencia exacta, son las tradiciones de los antepasados que se han ligado para formar conceptos fantásticos excitando el espíritu de los pueblos para dar lugar a su formación. Los poetas cantan y se dejan llevar por su inspiración, resuelven estas cosas, pero no prueban nada. Entonces, se llega a usar de la razón. Antes que esto ocurra se supone una evolución de muchos siglos, un trabajo intelectual enorme. Tan es así que en muy pocos pueblos se ha llegado a este estado. El ejemplo más notable es el de los griegos. Seis siglos antes de J. C., sobre la costa del Asia Menor, donde se habían desarrollado progredientes colonias de habla griega,

surgen por primera vez estos problemas filosóficos que se encaran, para su solución, desde el punto de vista del razonamiento, y nace la filosofía.

Como vemos, para resolver los problemas filosóficos, la humanidad ha empleado tres métodos: primero, religioso; segundo, artístico; tercero, el raciocinio, es decir, la Filosofía propiamente dicha. Esto no quiere decir que en el desenvolvimiento de las tres tendencias se haya logrado separar siempre estos tres elementos que están más o menos unidos. Los primeros que intentaron una solución razonada no pudieron emanciparse de golpe de todos los prejuicios y atavismos que estaban en su espíritu. El elemento religioso y el poético tuvieron que entrar en la solución; la unidad nunca ha llegado; la separación completa es imposible; de ahí proviene que la religión, el arte y la filosofía, siempre vayan en un contacto íntimo. Nunca nos podemos suponer un sistema religioso que prescindiera del elemento práctico y del elemento filosófico. Si tomamos los Evangelios como documento de un estado de ánimo religioso vemos que todas las soluciones que ofrecen son religiosas; pero no podemos desconocer que tienen una profunda poesía y que hay una filosofía completa. Sin embargo, no es este el fin de los Evangelios, pero forzosamente deben tenerlo porque tienden a resolver muchos problemas, quizás los mismos. Si tomamos una obra de arte, la Divina Comedia, por ejemplo, que ante todo es obra poética, vemos que, sin embargo, cabe en ella el sentimiento religioso de la Edad Media y contiene además toda una filosofía. Esto no es excepcional: lo que ocurre con la Divina Comedia ocurre en cualquier poesía lírica que interprete un sentimiento humano. La filosofía no puede prescindir de todo elemento poético y religioso; se empeñará en buscar un sistema puramente lógico, pero, a pesar de la voluntad de los hombres, intervendrán otros elementos, como, por ejemplo, el sistema filosófico de Platón, que intenta una solución razonada por un nuevo método que se llamó dialéctica, pero al mismo tiempo su obra está impregnada de una intensa poesía que fluye de toda la exposición. Esto es natural, porque el que escribe ya lo hace con cierta tendencia del espíritu que debe reflejarse imprescindiblemente en su obra. En los tiempos modernos se observa el mismo hecho. El fundador del positivismo tuvo la pretensión de darnos una filosofía sin elementos metafísicos. La obra de Comte, sin que entremos a discutir los elementos que forman en ella, no satisfizo y pocos años después completaba su sistema con la invención de una religión nueva: descubre Comte que esa explicación lógica no satisface con amplitud todas las necesidades de nuestro espíritu; hay momentos y estados de ánimo que la Filosofía no puede explicar y entonces recurre a la religión.

Vemos, pues, que la humanidad ha tratado de resolver por distintos medios los problemas filosóficos. La Historia de la Filosofía tiene por objeto el estudio, a través del tiempo, de todas las tentativas hechas para la resolución de los problemas filosóficos. Nosotros vamos a estudiar la filosofía griega, comenzando por quienes por primera vez pretenden prescindir de la religión y de la poesía, y quisieron resolver

lógicamente todos los problemas que se presentaban a su espíritu. Tomaremos el pensamiento filosófico en su principio y vamos a ver cómo se desarrolla, cuáles son los problemas que se presentan a estos hombres en presencia de la Naturaleza que los rodea. Aristóteles dice, en alguna parte, "la Filosofía nace de la admiración", sentencia sumamente profunda que para entenderla hay que hacer un pequeño esfuerzo. Si nos planteamos en nuestro espíritu una serie de preguntas veremos la razón de ser de la frase citada. El hombre se ha preguntado y se pregunta: ¿cómo existo?, ¿por qué existo?, ¿por qué no vivo indeterminadamente?, ¿cómo es que en torno mío todo vive y se desenvuelve?, ¿por qué no me puedo independizar de estos factores que me rodean?, ¿por qué tengo que vivir y desenvolver mi acción como los demás individuos de la especie humana? Estas interrogantes que siempre se han interpuesto en el pensamiento del hombre son las que han despertado la admiración que refiere Aristóteles; la admiración sobre nuestra propia existencia y reflexionando sobre este punto se nos presenta este otro: nuestra existencia es efímera, nacemos y nos desarrollamos individualmente, pero no podemos concebir que nos aniquilamos, no concebimos cómo lo existente ha salido de la nada y cómo lo existente puede perderse. Si extendemos la mirada en torno nuestro vemos que todo está sometido a un proceso continuo de transformación, si depositamos una semilla en la tierra, ésta la nutre, transforma los elementos minerales del suelo en vegetal, este vegetal nos da la espiga de la cual sacamos el grano que nos alimenta, de modo que debido a las transformaciones operadas por el vegetal, los elementos minerales del suelo se convierten en parte de nuestro propio cuerpo. ¿Cómo se produce la transformación? ¿Cómo es posible que cambia de tal modo? ¿Qué es lo que hay en el fondo de las cosas para transformarse de esta manera? Si vemos como estas preguntas surgen lógicamente en nuestro espíritu, comprenderemos la posición de los primeros filósofos. El problema filosófico, por excelencia y que es el que tratamos, es el ontológico. La ciencia actual se apodera del problema y trata de resolverlo. Si nos preguntamos: ¿de qué es esta mesa?, nos contesta: de madera. ¿Y la madera de dónde viene? Del árbol, y éste ha crecido en la tierra, ha asimilado el CO₂ de la atmósfera y con el agua del suelo más el nitrógeno, carbono y oxígeno ha formado cierta combinación celulosa, etc., que constituye la madera. Mas, vemos que ha partido de algo existente en la atmósfera o en el suelo, no se ha hecho nada nuevo, sino que se ha combinado lo que existía. Pero, el carbono, oxígeno, nitrógeno, hidrógeno, fósforo y azufre, ¿de dónde provienen? La ciencia dice: existe cierto número de cuerpos simples que no podemos reducir; éstos se combinan y constituyen lo que hay y es posible que estos elementos sean los mismos en todo el Universo. Hemos examinado con el espectroscopio el sol y las estrellas y se ha comprobado que estos 80 ó 100 elementos son los que constituyen todo el Universo.

Como vemos, la solución de la ciencia es relativa; explica una cosa por la existencia de otras. Si preguntamos por la existencia de estos

elementos nos dirá que están constituidos por pequeñas partículas que llamamos átomos, parte pequeña e indivisible que constituye todos los elementos. Plantearemos en nuestra mente la existencia de ese átomo, que ocupa espacio infinitamente pequeño, pero espacio al fin. ¿Qué hemos hecho con esa suposición sino afirmar la existencia del espacio? Y como ese átomo constituye todo el Universo, afirmamos con la existencia de esa partícula el espacio infinito. Pero nuestra duda subsiste. ¿Cómo existe esa materia primera? No nos conformamos con la existencia de 100 elementos. Los químicos han hecho esfuerzos para reducir estos elementos a un número menor; han ideado un sistema cíclico que dispone los elementos de tal modo unidos por una ley común que ha permitido el desenvolvimiento de algunos elementos que hacían falta para contener el sistema. De este sistema puede decirse, los distintos elementos no son sino la expresión de una substancia única que se diversifica en 100 elementos. Los químicos se conforman con esa solución que les parece aceptable, pero, si llegaran a descubrir esa substancia única el problema se plantearía de nuevo. ¿Cómo existe esa substancia? ¿Qué es lo que la constituye? La religión dice: es Dios. Pero, Dios mismo, ¿cómo existe?, ¿de dónde viene? Y el problema queda siempre en pie. Y esto nos lo hemos de preguntar siempre porque es una necesidad de nuestro espíritu y porque no se puede producir nada sin referirlo a algo anterior. Hay que ligar, entonces, la causa al efecto, y esta causa a su vez obedece a otra anterior y siguiendo la cadena de las causas vemos que es infinita y sólo podemos cortarla arbitrariamente rompiendo el razonamiento lógico. Cortamos la cadena, pero explicamos cómo es posible la existencia de una causa primera. Los primeros que trataron de resolver el problema ontológico concibieron ya una substancia única, es decir, fueron monistas. ¿Cuál es esta substancia única? La escuela jónica, que es la primera que aparece, dice: esta substancia no puede ser sino amalgama de las que observamos en torno nuestro, no puede ser destruída; por más que se transforme siempre algo queda; ha de ser extensa, que ocupe espacio; donde ella está no puede haber otra cosa, es decir, es impenetrable; es lo que nosotros llamamos materia, porque cuando hablamos de materia la imaginamos desposeída de todo atributo de color, de forma, pero por lo menos conserva la extensión. Si suprimimos ésta no queda nada. La extensión es la cualidad inseparable de la materia. Los que, por primera vez, trataron de resolver el problema ontológico arribaron a una conclusión materialista, personificando a la materia en una materia determinada. Tales dijo: "la única substancia que existe es el agua". La solución tiene su importancia porque es la primera vez que se intenta referir todo lo existente a un solo principio que es material. El lo llamó "substancia". Esta palabra se compone del prefijo *sub* (debajo) y *stancia*, y quiere decir lo que está debajo; lo que se oculta es substancia.

DAR contornos y contenido uniformes a la lucha de emancipación económica y de liberación social de los pueblos americanos, es el gran problema de nuestra generación. Ensayar un planteo claro y no equivocarse en la solución posible, es imperiosa necesidad y tarea de ineludible responsabilidad para la gente pensante del continente. Muy a tiempo pues, la oportunidad que nos brinda en su número inaugural AMÉRICA LIBRE, para dar nuestra opinión sobre el tema.

En torno a una tesis anti-imperialista se asocia todo el movimiento de nuestros pueblos por construir Patrias Libres en la plenitud de su significado conceptual. El problema tiene profundo arraigo histórico desde que en el proceso americano no se dió el caso de una formación de nacionalidades en función a la evolución y desarrollo normal de sus factores constitutivos, sino muy al contrario, fueron factores extraños, de imposición coercitiva los que, desfigurando nuestra fisonomía telúrica y cultural, dieron expresión a un tipo de organización político-social conectado exclusivamente a los intereses de las fuerzas colonizadoras. Primero de España y Portugal. Luego de Inglaterra y contemporáneamente a los colosales intereses del imperio del norte. Alternando en la competencia, estuvieron y están presentes en el juego de predominio, intereses económicos nipones, alemanes e italianos, por citar los de mayor gravitación. El mismo acto de nuestra independencia política a comienzos del siglo pasado es, paradójicamente, negador de nuestra soberanía. La organización política del continente español en numerosas repúblicas, responde en forma especial a los dictados de la política colonial inglesa. El genial Bolívar, con profunda visión de futuro, pregonaba entonces la unidad de los estados del Sud. La unidad de la gran nación centro y sud americana, para defenderla del colonialismo monárquico y del poderoso vecino del Norte. Desgraciadamente —y desde aquí surge nuestro drama— la orientación de las nuevas repúblicas en nada respondía a sus propios intereses. Desde entonces, ya las oligarquías terratenientes y feudales se encargarían y cuidarían muy bien de que la historia impuesta deformara la vida y la lógica en nuestra América. Y así, todo se hizo postizo. Era lo que convenía a los imperios de turno. Sacrificada la vida y la realidad a los intereses, su consecuencia fué y es hasta la fecha un total dislocamiento de los factores tradicionales de la América morena, que negada sistemáticamente en sus legítimos anhelos, deviene en anarquía política, sin lograr, salvo pocas excepciones, ni tan siquiera un régimen de constitucionalidad dentro de la filosofía política liberal impuesta y sostenida por los imperialismos más predominantes en América. El único país que, en forma excepcional y protegido por razones de geografía, pudo hacer su propia experiencia ejerciendo plenamente su sobe-

ranía nacional, fué el Paraguay bajo la política del Dr. Gaspar Rodríguez de Francia y de los López; pero, también cayó vencido por obscura coalición mercantilista el primero de marzo de 1870 a orillas de un río desde entonces legendario en las últimas resistencias de Cerro-Corá.

Surge claro entonces que la lucha por la libertad de la América-pueblo, es una lucha histórica contra los sistemas imperialistas de predominio y que, en consecuencia, es en torno a este problema que las fuerzas de liberación nacional operantes en las distintas Repúblicas del Continente, deben afilar la puntería de su acción a fin de lograr una suerte de política que resguarde sus respectivas soberanías y les permita concretar en fórmulas prácticas los anhelos de progreso general y de justicia social de sus postergados pueblos. Esclarecer el problema, darle uniforme interpretación, ajustarlo a la realidad y a la posibilidad presentes y definir una firme orientación sobre el mismo, es el punto de partida del gran esfuerzo redentor que imperiosamente hay que realizar con proyección continental, para hacer posible una nueva era americana. Ello importa también, como factor determinante del éxito, una gran decisión de todos y la determinación inalterable de impedir el entroncamiento en este proceso, de tesis y fuerzas políticas y económicas ajenas por entero a la realidad y al dolor americano, que sólo juegan en función de otros intereses y se manifiestan en nuestros medios como gérmenes patógenos de dispersión política.

Introducción al problema

La penetración imperialista en los países centro y sud americanos reviste distintas formas y características. Va desde la inversión privada a los créditos oficiales. Las inversiones privadas han penetrado controlando los medios de transporte y la industria extractiva de materia prima, dando a la economía de los países colonizados una fisonomía mono productora, lo que de por sí creaba ya la defensa ulterior del sistema. Sabido es, que quien controla los medios de transporte de un país, controla toda su economía y toda su vida. Desde el comienzo, las cosas se hacían con sabia previsión. Esta etapa y forma de penetración, corresponde al período del predominio inglés y se da más peculiarmente en Sud América. Los países del Caribe y Centro América, han tenido más tempranamente la influencia e impacto del imperialismo yankee, siendo hoy su predominio total en la vida de esos países. En Sud América, los intereses del imperialismo yankee, tuvieron que confrontar el problema de desplazar la fuerte influencia del imperialismo inglés. Antes que recurrir al expediente de las inversiones privadas, les fué más fácil y productivo el régimen de los préstamos oficiales, de gobierno a gobierno. De este modo, lograron desplazar la influencia inglesa y su predominio en toda el área americana desde el Río Bravo para acá, se hizo exclusivo y determinante de los acontecimientos internos acaecidos desde entonces en nuestros países; es claro que existen siempre puntos de resistencia aislada al sometimiento

imperialista, sin que ello implique, en todos los casos, que sea la auténtica tesis anti-imperialista liberadora de pueblos la que se defienda. De este modo, los intereses del imperialismo de Wall Street, se convirtieron en factores de poder y su acción responde ahora a la política de consolidar y preservar sus posiciones. Para ello, no faltan, desde luego, los capataces incondicionales. La presión diplomática, las "sugestiones" de cancillerías, la movilización de una compleja cadena periódica al servicio de Wall Street que desfigura los problemas y crea una ficción de opinión pública, y otras formas más contundentes de acción, son medios indistinta o simultáneamente empleados para lograr exitosos resultados. La libertad, la soberanía, la justicia social, los derechos humanos del hombre, y toda la escala de garantías democráticas consignadas en la Carta de las Naciones Unidas y en la de la Organización de Estados Americanos, no cuentan para nada. El imperialismo y sus numerosos *Bracamontes* arrasan con todo ese arsenal declamatorio. Y lo arrasan invocándolo a cada rato y en toda su prédica. Qué puede importar la dignidad de los pueblos y el respeto a la persona humana, si los grandes consorcios logran jugosos dividendos. Sin embargo el mundo occidental se prepara para defender la libertad contra la tiránica opresión soviética. ¿Qué libertad vamos a defender los pueblos de nuestra América si no la tenemos en nuestros países sometidos política y económicamente a fuerzas que la conculcan cínica y permanentemente? La única respuesta posible a este dramático interrogante de nuestro momento histórico, es una acusación terminante a los responsables de política tan torpe que, en la práctica, constituye la mejor propaganda a la penetración soviética en el continente. A los pueblos que no tienen conciencia del valor conceptual de la libertad —y tomamos la libertad no en el sentido sensiblero y declamatorio al estilo de un liberalismo decadente—, sino como corriente ética que dignifica y libera al hombre y a los pueblos por el respeto a la plenitud de sus derechos humanos— les da lo mismo vivir sometidos a un tiranuelo latino-americano que a un régimen totalitario al estilo comunista. De donde surge con claridad meridiana lo que afirmamos precedentemente en el sentido que la acción del imperialismo yankee es el mejor aliado del comunismo en todas y cada una de nuestras patrias.

El problema en sí

Controlados nuestros medios de transportes y organizada nuestra economía con celosa previsión monoprodutora, de suerte que para nuestra subsistencia dependamos siempre del mercado comprador norteamericano, surge para los países sometidos la parte crítica del problema. Cuando se gobiernan ellos por hombres venales las cosas siguen igual y no pasa nada. Pero, cuando están al frente de sus gobiernos hombres provenientes de las filas de movimientos de liberación nacional y social y les toca desarrollar una política de dignificación y de emancipación, el problema surge automáticamente. No interesa que estos gobiernos sean dechado en la observancia y respeto de las garan-

tías y libertades democráticas. Lo que interesa es cómo miran los problemas económicos y qué soluciones dan a los mismos. Si buscan una economía al servicio de la justicia social y afectan intereses creados, esos gobiernos son peligrosos y, así hayan puesto al margen de la ley al partido comunista, son calificados igualmente de factores de la penetración soviética en el continente. Se da también el caso —es la reciente experiencia boliviana— que gobiernos de liberación nacional realizan nacionalizaciones y ellas son “aceptadas” por las fuerzas opresivas del imperialismo. Pero ese acto de soberanía pierde luego su significación inicial, cuando la materia prima de la industria nacionalizada debe comercializarse. El mercado comprador, que sigue siendo imperialista, regula finalmente la industria nacionalizada por el factor precio de adquisición. De donde el ejercicio de la soberanía se vuelve más aparente que real. Como este caso, podemos dar muchos otros, pero en la situación están comprendidos todos los países desde Méjico a la Argentina. Vale decir que, realizadas revoluciones de liberación económica en toda la América imperializada, queda subsistente lo mismo el problema del imperialismo. La destrucción del sistema debe producirse dentro de su centro de operaciones. Y aquí surge como protagonista de la lucha de emancipación americana, al lado de los pueblos centro y sud americanos, también el pueblo de los Estados Unidos. Este aliado, es indispensable para conducir victoriosamente la lucha por la liberación americana.

Definición de nuestro anti-imperialismo

A esta altura de la exposición, conviene definir nuestro anti-imperialismo. Comencemos por decir que para nosotros esto no es un juego de palabras ni una postura táctica, para servir intereses de especulación dialéctica con fines incofesos, pero de todos muy conocidos. Nuestro anti-imperialismo, asocia, como ya dijimos, el problema histórico de la emancipación americana. Tiene una significación concreta y busca por los caminos más cortos libertar nuestras naciones y pueblos de la opresión interna y externa. Vale decir, que nuestro anti-imperialismo no es tema de especulación política al servicio, en la emergencia actual del mundo, de la política del totalitarismo soviético. Es todo un programa constructivo de realizaciones, cuyo centro de gravedad es el cambio de la actual estructura económico-social basada en la explotación del hombre por el hombre y en la anulación de nuestras soberanías nacionales, por otra basada en la libertad, en el ejercicio pleno de la soberanía y en la justicia social. Ejercicio pleno de la soberanía, que conducirá en el terreno económico, recuperadas las fuentes de riqueza del suelo y del subsuelo, a impulsar una economía diversificada y orientada racionalmente en función a los intereses especiales de cada país. Realizar este tipo de anti-imperialismo, con criterio práctico y sentido realista de nuestra situación, es labor que requiere un principio de coordinación continental y una fórmula también continental de relación con la poderosa nación del Norte. De-

bemos realizar nuestras revoluciones anti-imperialistas, tomando en consideración que el fundamental factor del imperialismo queda subsistente con todas sus opresivas consecuencias. Víctor Raúl Haya de la Torre, postulador de los Estados anti-imperialistas, y paladín de la lucha liberadora de América, tomando el clima propicio de la política de la buena vecindad, lanzó la fórmula del “Inter-Americanismo Democrático sin Imperios”. Es fórmula realista que aplicada con un sentido dinámico, para impulsar el desarrollo económico e industrial de la América oprimida, podría constituirse en la base de un esfuerzo continental que tienda a crear la conciencia y la aplicación jurídica internacional anti-imperialista que permita a nuestra América lograr su soberanía y su liberación y ser respetada en esa actitud por nuestro vecino del Norte.

Lo expresado, se refiere al modo concreto de hacer anti-imperialismo en nuestra América para lograr su liberación. En un plano propiamente ideológico, ubicado el problema imperialista como fenómeno resultante de la estructura capitalista, nuestra posición es de lucha permanente contra su acción opresiva de pueblos, sea cual fuera el área de geografía donde se manifieste la misma; prestando el calor de nuestra solidaridad militante a los pueblos sojuzgados y a sus causas de emancipación y de justicia.

Anti-imperialismo democrático y anti-imperialismo totalitario

En estos tiempos de confusión en que dicen defender la libertad los que la matan y tiranizan en su nombre a los pueblos y en que se blasonan campeones del anti-imperialismo fuerzas también imperialistas, es conveniente establecer con toda claridad las líneas divisorias entre nuestro anti-imperialismo y los otros “anti-imperialismos”. Dicho está que nuestro anti-imperialismo es democrático, desde que buscamos la soberanía y la independencia económica y política de nuestras naciones, en función, claro está dicho también, de la justicia social sin mistificaciones, pero sin sacrificar para nada la libertad y la estructura democrática en las sociedades de pueblos libres que anhelamos construir.

Bien distinto entonces este anti-imperialismo de ese otro “anti-imperialismo” totalitario que se invoca en la propaganda pero que cuando se realiza en la práctica tiraniza y somete a los pueblos. El anti-imperialismo democrático, el nuestro, se entiende y se realiza en función a pueblos y patria libres; el otro, el totalitario, al sacrificar la libertad, la soberanía de los pueblos y la independencia, no hace sino reemplazar el imperialismo que combate, por otro más opresivo y más tiránico. Los que creemos con la fe de un apostolado que el hombre es un fin en la vida y que la libertad humana es condición determinante para la definitiva liberación social de los pueblos, nada tenemos en común con los falsos mesías del totalitarismo que, como foda justificación a su crimen presente de sacrificar al hombre, dicen que están construyendo el mundo para dentro de cien años. Nosotros

queremos construir el mundo nuevo desde hoy sin sacrificar para nada la dignidad humana y los derechos de los pueblos a vivir y a trabajar en la libertad. Nuestras fronteras, están pues bien definidas frente al problema crucial de nuestra época.

Anti-imperialismo y Revolución americana

Hemos visto que el problema fundamental de los pueblos de América, es el problema de la presión imperialista, cuya manifestación cruda es el sojuzgamiento político, económico y social de los mismos. Siendo el problema de dimensión continental, lógico es que busquemos reaccionar también con dimensión continental para enfrentar con éxito al enemigo. Esto, en términos de estrategia, es elemental. Impulsar un movimiento de opinión y aglutinar el mayor número de fuerzas posibles en una misma dirección de lucha, es la tarea previa y también el problema previo a resolver. Aquí surge de inmediato la interrogante de qué fuerzas participarían y bajo qué orientaciones se estructuraría esta necesaria coordinación de opinión continental. Para no equivocarnos en este planteo vital, hay que pisar tierra y tener clara visión de la realidad americana. Nada de esquemas dogmáticos, nada de moldes preestablecidos. Las hormas nunca han sido buenas para los pies descalzos de nuestra América. Si es posible, hay que pisar tierra descalzos, pues así se la pisa y palpa mejor. En cada país, como reacción histórica a la opresión, hay movimientos de resistencia a la opresión y de liberación nacional. Algunos, tienen una clara definición socialista, otros, más realistas, hacen planteos prácticos y más ajustados a las condiciones de sus medios. Todos, desde luego, definidos como movimientos anti-imperialistas y de asimilación democrática. Vale decir que las fuerzas de sustentación histórica de una política liberadora, existen y trabajan dentro de sus respectivos medios geográficos. En todas ellas, se manifiesta también la misma inquietud de dar coordinación continental a su esfuerzo. Y ésta es la tarea que hay que impulsar, movilizandó toda la América pueblo contra el sistema económico-político que es factor de su sometimiento. Y esta movilización no tiene, lo dijimos ya, fronteras en nuestro continente americano. Al lado de los pueblos sometidos de Centro y Sud América, deben estar también el pueblo y los auténticos valores democráticos de la América del Norte, centro del sistema imperialista. Necesitamos de la solidaridad democrática del pueblo y, particularmente, de las clases trabajadoras de los Estados Unidos, para combatir al imperialismo en su propia base. Esa solidaridad democrática, debe manifestarse en primer término en una corriente de ideas, con influencia en el juego electoral yankee, contra la política del Departamento de Estado de sostener en Latino-américa una estructura política de dictaduras y oligarquías reaccionarias, negadoras de la libertad y de los anhelos de justicia de los pueblos. Dicho en otros términos, la América pueblo debe unirse contra la América intereses para salvar la libertad en el continente.

Interesa pues, por sobre todas las cosas, que haya coincidencia en las grandes líneas de orientación y definición del problema americano, entre todas las fuerzas que legítimamente integran lo que podríamos llamar el proceso de la revolución americana. Esas grandes líneas que permitirían realizar una labor de afirmación constructiva de nuestros planteos impidiendo la ingerencia de otros factores ajenos que sólo confunden y dispersan a los pueblos, podríamos fijarlas en los siguientes puntos: 1º) La tesis de la Revolución americana es anti-imperialista y busca la soberanía de los pueblos. Este anti-imperialismo, no puede darse en función a ninguna estructura capitalista nacional sino en función a una economía puesta por entero al servicio de los pueblos; 2º) El estilo de realización de la Revolución americana, es democrática y busca la liberación del hombre y de los pueblos en la justicia social, sin sacrificar para nada la libertad; 3º) La dinámica social de estas revoluciones debe darse en la tesis policlasista, de unidad de pueblos explotados en función a los grandes objetivos de su liberación; 4º) Los movimientos de liberación social y nacional del continente deben prestar su colaboración para hacer posible la defensa activa de los pueblos frente a la opresión imperialista, creando las fórmulas e instrumentos de relación que se hagan necesarios a tal objeto; 5º) La Revolución de Liberación Social y Política de los Pueblos de América, no tiene relación directa ni indirecta con las fuerzas que aglutina el totalitarismo comunista. Su dirección es nacional y americana y rechaza por igual la influencia de dicho totalitarismo y la del imperialismo de Wall Street.

Tal nuestra opinión sobre el problema que abordamos en el presente artículo. No es improvisada, es fruto de la experiencia vivida y observada, que debemos recoger para acortar los días de dolor de nuestros pueblos.

BOCETO SOBRE GUATEMALA

por MANUEL GALICH.

SI uno abre un texto de Geografía, averigua que Guatemala está situada entre los 13° 42' y 17° 49' de latitud norte, y los 88° 10' y 92° 30' de longitud oeste; que limita al Noroeste con México y al Sudeste con El Salvador y Honduras, y que el Pacífico la baña por el Sudoeste, mientras el Atlántico lo hace por el Noreste. Debería decirse que este mar baña todo su litoral Este, pero la rapacidad británica se ha interpuesto entre la justicia y el agua. Sin embargo, toda aquella nomenclatura geográfica poco o nada dice al lector que no quiere perder tiempo buscando grados y minutos en el mapa, y mucho al que entiende de latitudes y longitudes.

Cualquiera tiene un esquema de América en la mente, porque éste se ve en los anuncios de muchas cosas, incluso de la ONU, dentro de un mundo contrahecho. Son dos grandes masas triangulares, una al Norte y otra al Sur, con la base hacia arriba y el vértice hacia abajo. Interesa a mi objeto únicamente la primera, donde se encuentran el Canadá, en la parte superior y más ancha, y los Estados Unidos, abajo, estrechando los lados del triángulo hasta sembrar la punta en el corazón de México. Entre las dos grandes masas media una distancia. Las dos parecen flotar sobre los Océanos. Mas, por un determinismo atribuible a quién sabe qué fuerzas, el triángulo de abajo no está suelto del triángulo de arriba. Aparece atado a éste por una tira estrecha de tierra, algo así como el eslabón que a une o dos esposas, la que lleva el policía y la que lleva el reo, cuando se apresura a alguien a la manera norteamericana. Ese eslabón es técnicamente lo que se llama Centroamérica. Arriba de ésta, mar de por medio, hay otra tira de tierra suelta, grácil, como una esbelta mujer de esas que aparecen en las carátulas de "Carteles", abandonada sobre sus propias playas, como tomando el sol, en ninguna parte más tórrido que allí. Es Cuba. Hacia ella apunta un gran dedo que emerge de uno de los lados del triángulo superior, la Florida, como diciendo con acento energético y en inglés:

—Es mía.

Si idealmente se continúa la dirección de ese dedo, por ejemplo, con un alfiler de los que llevaban las señoras en el sombrero, hacia la primera guerra mundial, penetrará en la entraña de Colombia. Desde donde emerge el dedo, hasta el punto de la costa colombiana cortado por el alfiler de acero, el litoral de México y Centroamérica tiene cuatro entradas curvas, dos mayores y dos menores, con toda la apariencia de los bordes de una galleta, después de un recio mordisco. Las primeras son el Golfo de México y la curva de Costa Rica y Panamá y las segundas, los golfos de Honduras y el Darién. Una cadena ondulada de islas empieza en Cuba y muere sobre Venezuela, semejante a las vértebras de los monstruos prehistóricos comprados para el Museo de Historia Natural de Nueva York. Adentro de todo eso hay un mar que tiene dueño. Es el Caribe, escriturado a favor de los Estados Unidos, por herencia que éstos hubieron de sus causantes, los ingleses y un poco los franceses y los holandeses, al concluirse la romántica serie cinematográfica sobre historias de piratas.

Pues un poco más abajo y a la derecha de donde se cierra el vértice del triángulo Norte y justamente donde principia el grillete de las esposas, entre las dos dentelladas de México y Honduras, cubierta por la saliente que separa ambas y que se llama Yucatán, está Guatemala. Era una República y su bandera sigue figurando por cortesía en el escudo de la Organización de Estados Americanos (OEA). Salvo unos cuantos corresponsales de las cadenas de William Randolph Hearst, que han hecho allí su noviciado; unos cuantos turistas, por lo general docentes de avanzada edad, y gente universitaria extraordinariamente culta de los Estados Unidos, en este país se ignora la existencia de la pequeña República. Por ejemplo: inmediatamente después de la se-

gunda guerra mundial, estuve de paso en Nueva York y, al ser preguntado de dónde era, respondí ingenuamente:

—De Guatemala.

—What? —inquirió mi interlocutor, con ese gesto característico que hacen ellos cuando oyen decir algo muy raro e ininteligible— Gaa... dalcana!?

Durante los años de 1950 a 1954, los conocimientos de los norteamericanos se ampliaron un poco, gracias a las cadenas de Hearst y sus similares. Los ciento sesenta millones de aquel país aprendieron geografía y política sin leer, siquiera, el Geographic Magazine:

—Guatemala? Oh, yes! The communist country.

Lo cual fué suficiente para que se ausentaran los turistas docentes de avanzada edad. Pero aquel valioso conocimiento ya está olvidado en 1955, porque ha dejado de interesar a las cadenas de Hearst y a sus gemelas y, en la mentalidad medía yanqui, Guatemala ha sido trasladada otra vez al archipiélago de las Salomón, sin la sabiduría de éste. Y es que un año antes, Guatemala fué masticada como una pastilla de *chigiün-gum*, hecho digestivo perfectamente explicable. Aquel país es uno de los mejores y mayores productores de chicle, un látex con el que se hacen las próceras pastillas adquiribles por un centavo en los *subways*, y con ello contribuyó a ganar la segunda guerra y a salvar la democracia.

El Caribe está rodeado de Repúblicas, unas diez, doce y hasta trece —número de mal augurio— que también tienen dueño por la misma razón jurídica del Caribe y por otras comerciales y financieras que ya pertenecen al siglo XX. Una es la de que su riqueza, en potencia o en producción, les es tan ajena como el chicle de Guatemala, y otra es la de que su principal comunicación con el resto del mundo tiene que hacerse por el mar de propiedad particular. El número, como he dicho, de esas Repúblicas —término que en el moderno idioma americano tiene una acepción especial un tanto irónica— es variable, porque de tarde en tarde alguna de ellas quiere dejar de pertenecer al dogal del Caribe. Entonces el dedo tiembla amenazante, el gran triángulo hace sentir su peso con más fuerza y hiere más dolorosamente con su vértice, aprieta más el grillete, la punta del alfiler se clava incisiva y la galleta cruje. Todo vuelve dócil a su estado anterior. Dentro de las dos o tres Repúblicas que quisieron escapar a la acepción americana moderna y darle la correcta a la palabra, estuvo no hace mucho Guatemala. Pero está al principio del grillete y no hubo caso.

Todo eso es lo que quiere decirse cuando se habla de que Guatemala está a los tantos grados, tantos minutos de tal latitud y a los tantos grados, tantos minutos de cual longitud. Sólo hay que agregar que, según documento oficial norteamericano al que aludiré mucho en lo futuro, la población y la superficie del país "son más o menos comparables a las del Estado de Tennessee". Y ya con ello tenemos el secreto de lo que pasó en un junio de 1954.

La historia de Guatemala no vale la pena de contarse en especial hasta su independencia de España, porque es la misma de todas las colonias españolas. Fué descubierta, conquistada, colonizada, explotada, depauperada, despoblada y medio repoblada por españoles. Aprendió un idioma que se parece al castellano y recibió el bautismo en forma bastante relativa. A lo primero se le llama la "leyenda negra" y a lo segundo "la obra civilizadora y evangelizadora de España". Es una vieja polémica, entre uno y otro concepto, que no interesa aquí. En cambio, sus tiempos heroicos y su historia anteriores a la conquista son tanto o más ricos que los de México y el Perú, porque en sus territorios floreció la cultura maya, una de las tres y en ciertos aspectos la mayor, de las antiguas civilizaciones amerindianas. Aun Guatemala es dueña de inapreciables tesoros arqueológicos, paleográficos, literarios y etnográficos, muchos de ellos vivos todavía en la conciencia y en el hacer diario del hombre, y su composición étnica es similar a la de México y el Perú, con toda la injusticia secular que de esa composición se deriva.

No puede ignorarse que los reyes españoles de los siglos imperiales quisieran el bien para sus súbditos americanos, al fin reconocidos como seres humanos por bula papal de Alejandro VII; y que el Supremo Consejo de Indias interpretara el buen corazón de los reyes de la mejor manera posible, legislando contra los abusos. Pero sucedía con aquellas leyes en los siglos XVI, XVII y XVIII lo que hoy con los principios del Panamericanismo y de las Naciones Unidas: que una fué la intención y otra la aplicación. Si entonces había Virreyes, Oidores, Justicias, Capitanes Generales, Obispos, curas, rábanos, soldados y encomenderos que hacían caso omiso de las buenas leyes de Indias y a veces se alzaban contra ellas, con la heroica y notable excepción de Las Casas, difamado por sus hermanos en Cristo; ahora hay Secretarios de Estado, Senadores magnates, corresponsales, gerentes, Presidentes, generales, policías, latifundistas y negociantes que hacen el mismo caso de la literatura jurídica producida por los organismos internacionales, mundiales y regionales.

Con el nombre de Goathemala se conoció una Capitanía General que se extendía un poco al sudeste de la garganta de Tehuantepec, hoy México, hasta un poco al noroeste del gran tajo de 1903-1914 o sea el Canal de Panamá. Es decir, casi todo el grillete que une a los dos grandes triángulos de América. El centro de las autoridades, de la Iglesia, de las órdenes monásticas y sus pleitos, de la cultura, de los negocios y de las Audiencias, aunque varió algunas veces, fué fundamentalmente la ciudad que se dijo Muy Noble y Muy Leal de Santiago de los Caballeros. Esta ciudad tiene una historia trágica: fué echada abajo a mediados del siglo XVI, recién nacida apenas, por un terremoto y una inundación originada en el cercano volcán de Agua. Reconstruida muy cerca del sitio primitivo, volvió a ser derribada por otro terremoto a finales del siglo XVIII. Levantada de nuevo en otro valle no muy alejado del anterior, fué, a su vez, destruida por un tercer terremoto a principios del siglo XX. Renacida de sus ruinas, allí

mismo, ha sido nuevamente averiada, mas ya no por furias telúricas, sino por bombas de 100 y más libras, arrojadas desde aviones P-47, por pilotos norteamericanos empleados de un coronel guatemalteco, por su parte empleado también de una compañía norteamericana.

La independencia de Guatemala, la grande, fué un hecho incruento. Por eso no dió ningún brillante general a la gran epopeya americana, ningún prócer de altura majestuosa, ni ocasión a que las grandes mayorías populares, el mestizaje artesanal de las ciudades y el campesinado indígena de los valles y las montañas, operaran una Revolución de fondo, que transformara de hecho la estructura colonial del país centroamericano. Esto era lo que querían unos pocos criollos y mestizos, inteligentes y cultos, liberales y republicanos, y por ello motejados de herejes y penitenciados a veces. Los aristócratas, criollos también y españolistas hasta cierto momento, avisados y habilidosos, con gran agudeza, comprendieron por una parte, que su posición predominante estribaba en no permitir que la bandera de la independencia llegara al pueblo, hecho que tarde o temprano debía ocurrir, y, por la otra, que el estado general de la América española imponía como hecho fatal el rompimiento con la Metrópoli, debilitada, decadente y ocupada por los franceses o regida por una monarquía en bancarrota. Por eso resolvieron asociarse a los criollos y mestizos republicanos, para el solo efecto de declarar la independencia y quedarse con ella. Esto ocurrió el 15 de setiembre de 1821.

Así nació la república de Centroamérica, que se dió una organización federal, dividida en cinco Estados. Estos se combatieron entre sí y dentro de ellos, porque sólo después del hecho sorpresivo y formal de la independencia, los Estados no metropolitanos y el mestizaje reclamaron el derecho de participar en la vida política de la Nación, en forma democrática; mientras los remanentes de la aristocracia querían retener para sí, exclusivamente, aquel derecho. En el fondo, había allí pugna de intereses económicos, de privilegios y de orgullos de clase. El clero, naturalmente, exceptuando algún valiente y ambicioso cura, era aliado y director de la "nobleza". La existencia de la República Federal fué así precaria y no conoció un solo momento de paz constructiva, hasta su total liquidación, más o menos cinco lustros más tarde, promediando el siglo XIX. Ese aniquilamiento es obra de los dos partidos históricos nacidos de los dos grupos independentistas: el liberal y el conservador, aunque, en Centroamérica, todavía hay gente que se enreda en discusiones bizantinas para determinar si el responsable es uno u otro.

Entre la tumultuosa anarquía de aquellos años, apareció en el oriente guatemalteco, un jefe campesino, rudo y nada ilustrado, pero inteligente y valeroso. Fué Rafael Carrera. Irrumpió en la historia militar centroamericana con el grado de general, sin más trámite. Su prestigio y el terror que inspiró a sus enemigos se fundó en sus rápidas y audaces victorias militares y en haber quebrantado la leyenda de invencibilidad que rodeaba al más distinguido militar liberal de la

primera mitad del siglo: Francisco Morazán. Nuevamente la aristocracia y el clero jugaron con gran habilidad e hicieron de Carrera, no obstante su instinto autoritario, un instrumento a su servicio, manipulado con fina perversidad y refinada adulación. En 1847, la Federación sólo existía de nombre. Todos los antiguos Estados se habían segregado y Carrera dió el paso inevitable, al crear, por Decreto, la República de Guatemala, la pequeña, la que fué agarrada en 1954.

Los ingleses soñaban con perpetuarse en todo el litoral atlántico de Centroamérica, en donde se fueron estableciendo paulatinamente por la acción de sus piratas-caballeros. Ocupaban Belice, y aun están allí; las islas de la Bahía, sobre la costa de Honduras; el litoral Este de Nicaragua y la desembocadura del Río San Juan, que por incidentes geográficos excepcionales, combinado con un lago casi tan ancho como el istmo, es un sitio ideal para comunicar ambos océanos. Los ingleses inventaron, con aquel objeto, un reino en esa parte de Centroamérica, con una dinastía y una población de zambos, los mosquitos, con los cuales celebró tratados la Reina Victoria. Es uno de los más regocijantes sainetes representados por la adusta diplomacia británica. Pero los Estados Unidos, que ya estaban creciendo y soñaban con la expansión, vieron en todo aquel juego inglés una rivalidad peligrosa. Pusieron en acción su diplomacia, que entonces todavía era inteligente, y lograron entenderse formalmente con Inglaterra, sobre la propiedad de aquella región, conviniendo en que no fuera para ninguno. Este es el tratado Clyton-Bulwer de 1850, en el que la dueña de casa no fué, siquiera, tomada en cuenta.

Eso sólo fué el primer paso en las intenciones norteamericanas, porque cinco años después, aprovechando una de las mil guerras intestinas, entre los liberales y los conservadores de Nicaragua, los esclavistas del Sur enviaron una expedición filibustera al mando de un racista furibundo, un místico del destino manifiesto de la raza sajona y, por todo eso, un negrero, mezcla de periodista y soldado de fortuna: William Walker. Esta es la página más gloriosa de Centroamérica. En tierras de Nicaragua se dieron la mano los soldados guatemaltecos, salvadoreños, hondureños, nicaragüenses y costarricenses, y el odio fratricida que había destruido la República, que la ensangrentaba sin cesar y que la mantenía en un atraso suicida, se acalló al ser ultrajado el suelo común. Larga y penosa fué la guerra, más todavía por el cólera morbus, pero no terminó sino cuando Walker fué fusilado, después de más de tres años de sacrificios fraternos. Este episodio se inició en 1854. Exactamente un siglo después, en 1954, Guatemala fué entregada al neo-filibusterismo del siglo XX, con la complicidad de los gobiernos de dos de las gloriosas combatientes contra Walker: Honduras y Nicaragua.

Los ingleses tomaron nota de esta violación al tratado Clyton-Bulwer y se sintieron autorizados para irrespetarlo por su parte. Instaron a Carrera a legalizar su ocupación del territorio de Belice, casi todo el litoral atlántico guatemalteco, a cambio de lo cual le ofrecieron construir una carretera de la capital de la República, que está en una me-

seta central, a un recodo del Caribe, sobre la segunda dentellada del golfo de Honduras. Impotente aquel gobierno, o inepto, para detener el avance de la piratería británica, consideró que cediendo el territorio usurpado, mediante la compensación ofrecida, zanjaba el problema, y así se firmó el tratado Aycinena-Lenox-Wike, de 1859. Los norteamericanos amonestaron, no a Inglaterra, sino a Guatemala por haber violado el tratado Clyton-Bulwer sin su permiso, pero el Ministro Iriarri, en Washington, protestó por esa intromisión. Si el tratado era malo, la intromisión era peor. Inglaterra, por su parte, cuando se le reclamó el cumplimiento de su obligación, arguyó que aquel tratado no era de cesión territorial, sino de límites. En otros términos, como nada había recibido, nada tenía que dar. Este es el tema de un debate que pronto tendrá un siglo, a pesar de Monroe.

Desde que Rafael Carrera creó la República de Guatemala, en 1847, hasta que Castillo Armas fué instalado allí por el Departamento de Estado, en 1954, hubo veintidós presidentes, cuatro triunviratos militares, un quintunvirato y un colegiado revolucionario. En este punto debo prevenir al lector sobre lo escabroso y fatigante de la historia que sigue en la cual uno se encuentra con presidentes como Cleveland, Teodoro Roosevelt y Eindhoven, con diplomáticos como Knox, Dulles, Whitehouse, Long, Patterson y Peurifoy y con entidades como la United Fruit Company, la International Railways of Central America y la Empresa Guatemalteca de Electricidad, hijita de la Bond and Schare. Algunas veces eso está entre bastidores, pero otras aparece descaradamente con las marionetas en las manos. No cae dentro de mi objeto el relato pormenorizado; debo conformarme con el esquema, pero ya éste es suficiente para comprender la profundidad de la rectificación histórica impuesta por la Revolución de 1944, así como lo nefando del crimen que devolvió a los guatemaltecos al infierno de su pasado.

De los veintidós presidentes, uno se hizo vitalicio, otro permaneció en el poder doce años, otro veintidós y otro catorce (Carrera, 1844-65; Barrios, 1873-85; Estrada Cabrera, 1898-1920 y Ubico 1931-44); cinco no cuentan históricamente, pues sólo gobernaron pocos días (Aycinena, 1865; Simibaldi, 1885; Palma, 1930; Manuel Orellana, 1930 y Reyna Andrade, 1930-31); seis se vieron obligados a renunciar de diferentes maneras (Martínez, 1848; Escobar, 1849; Paredes, 1849-51; García Granados, 1871-73; Ubico, 1931-44 y Arbenz, 1951-54); tres fueron echados a cañonazos por el pueblo (Cerna, 1871; Estrada Cabrera, 1920 y Ponce, 1944); uno murió en acción combatiendo por la unidad centroamericana (Barrios, 1885); uno fué asesinado, (Reyna Barrios, 1898); dos murieron de muerte natural (Carrera, 1865 y José María Orellana, 1926); uno cayó ante una huelga general de brazos caídos (Ubico); uno fué inhabilitado por enfermedad (Chacón, 1930); dos fueron derribados por cuartelazos militares, en el primero de los cuales hay mano yanqui por la negativa a prorrogar una concesión (Herrera, 1921 y Palma, 1930) y finalmente uno fué abrumado por la intervención norteamericana y la agresión armada (Arbenz, 1954). Sólo dos entregaron pacíficamente el mando (Barillas, 1892 y Arévalo, 1951).

Los triunviratos militares y el quintunvirato fueron efímeros, porque a la pòstre, siempre uno de los integrantes se quedó en el mando (José María Orellana, 1922; Federico Ponce, 1944 y Carlos Castillo Armas, 1954). El colegiado revolucionario gobernó cinco meses y entregó pacíficamente al electo conforme a la Constitución (1945). De los diecisiete presidentes que cuentan, once fueron generales (Carrera, Paredes, Cerna, García Granados, Barrios, Barillas, Reyna Barrios, José María Orellana, Chacón, Ubico, y Ponce) y uno Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación (Arévalo); los demás (Martínez, Escobar, Cabrera, y Herrera) abogados y comerciante el último y uno, coronel revolucionario (Arbenz). Cinco (Cerna, Barrios, Reyna Barrios, Cabrera y Ubico) se reeligieron una y varias veces; cuatro, (Barillas, Estrada Cabrera, José María Orellana y Chacón) se hicieron elegir ocupando provisionalmente la presidencia y uno, (Ponce), intentó hacerlo. Sólo dos fueron electos sin vicios de origen, (Arévalo y Arbenz) y sólo de uno puede decirse que cumplió su período dentro de la más absoluta normalidad constitucional, (Arévalo). Durante esos ciento siete años, hubo diez guerras con los otros Estados centroamericanos; tres revoluciones (1871, 1920, 1944); dieciséis alzamientos armados; dos cuartelazos; tres golpes de Estado, y más de cien conatos subversivos, correspondiendo casi la mitad a la década revolucionaria (1944-54); seis intentos fallidos de rehacer la unidad centroamericana; dos terremotos; dos epidemias; once intervenciones ostensibles o encubiertas; una crisis monetaria que bajó el peso guatemalteco hasta cerca del cien por dólar; veinticuatro contratos y concesiones ferrocarrileras y ocho fruteros y múltiples conflictos laborales consecuencia de aquellos contratos y concesiones, cuando el trabajador guatemalteco pudo ser libre.

Durante ese tiempo, hasta antes de la Reforma Agraria, los terratenientes vendían sus fincas inventariando el número de hombres que las trabajaban, con sus familias, el de acémilas para la labranza y el de las cabezas de ganado. En las colecciones del Diario Oficial pueden verse los avisos de remate con semejantes inventarios. Toda esa historia quiere decir mucho en punto a vejaciones al hombre, atropellos a la soberanía, y sobre todo, en orden a la manera de comprar al campesino mediante el supuesto adelanto de salario, a los castigos corporales por él soportados, el apoderamiento gradual de las tierras y a los sistemas de explotación de uno y otras.

Esta es a grandes rasgos la vida de Guatemala, si vida puede llamarse. Soldadesca, curas, rúbulas y encomenderos coloniales; arzobispos, guerras, desgarramientos, epidemias, ingleses y aristócratas conservadores; generales, terratenientes, cuartelazos, arbitrariedades y reelecciones liberales; y monopolios, contratos, diplomáticos e intervenciones yanquis. En dos palabras: opresión y explotación. Contra todo eso se había alzado la Revolución de 1944, y tenía ya diez años de haber echado a andar por una senda dignificadora, cultivando la libertad, instaurando la justicia, cumpliendo con el pueblo y liberando a la Nación. Pero Guatemala está entre los 13 y los 17 grados de latitud

Norte y entre los 88 y los 92 de longitud Oeste, y en esa tremenda ubicación la democracia es punible y el precio de la libertad, de la soberanía, de la independencia y de la felicidad humana es mucho más caro que en otras regiones del mundo. Los dueños del Caribe ahogan al que quiera romper la norma impuesta a aquel mar y a sus contornos.

Sin embargo de todo ese pasado, en Guatemala existe todavía el pueblo. Su voluntad de pervivir y proseguir la antigua lucha hacia su verdadera libertad y hacia la realización de su Destino nacional, está hoy más fuerte que nunca, porque, si ha sido difamado, calumniado y aplastado brutalmente, nada de eso ha herido su conciencia. Y en ella está la firme convicción de lo que puede alcanzar y de lo que debe recuperar. La Revolución de Octubre le dejó señalada una ruta infundible que antes no tenía. Ahora ya no hay porque titubear ni donde perderse. Esta es la fe que nace de conocer la pureza y la magnitud íntima de la Revolución, la idealidad que la inspiró y la decisión con que se lanzó a realizarse.

MARTÍ Y EL FALSO DILEMA

por DARDO CÚNEO.

ME propongo hacer comentario y hallar justificación a una frase que Martí lanza, en artículo de prensa, como a voleo. Ella es clave para incorporar el método de interpretación que mejor nos diga de los conflictos interiores de nuestras sociedades americanas.

La vida y muerte jóvenes, vividas con prisas de encendidas jornadas —es decir, su propio estilo de vida y muerte—, no consintió que Martí ampliara en serenado tratado la segura profundidad que la frase pregonaba en medio del quehacer, tan apremioso y militante, de entregar cuartillas al periódico, poniendo en ellas ese temblor de velar —al mismo tiempo— la guardia de la patria oprimida. No fué, ciertamente, la única posibilidad de labor decisiva que sólo queda abocetada, apenas apuntada, sin arquitectura definitiva de sistema, entre la mucha que realizó en sus días de taller y sus noches de campamento. Su obra numerosa pudo haberse estructurado en completo sistema —sociólogo, estético— si todos los trabajos de la patria no hubieran invadido por entero sus días de escritor. Era Martí hombre equipado y dispuesto para muchos quehaceres, que, pudiendo desarrollar al escritor y al poeta, debió hacerse —en plazos exigentes que apuraban todos los otros plazos— caudillo de insurrección y fundador de patria. Mas, he ahí su enorme contextura de campeón; al poeta apenas le dió tiempo, pero en ese pequeño tiempo pone piedras precursoras y hace camino al modernismo. El escritor se vió corrido por todas las prisas, pero en

una frase de artículo le es posible congrega tanto sentido y energía como para fundar con ella la más segura visión que pueda prestar asistencia a la sociología americana. Destino del americano de demorada y oprimida América: ser padre de patrias al mismo tiempo que padre de sus obras. Darío creyó que en tierra ya labrada por la libertad, hubiera sido "un poeta erudito como Goethe". Pero, era necesario labrar la tierra para la libertad en plazos inmediatos, y se desvaneció, en esa aventura primera, la posible silueta de un Goethe americano a cambio de esta vida y de esta muerte que vive Martí a nombre de su patria isleña, a nombre —digamos bien— de toda nuestra América. La lucha —ese velar la guardia de la patria— le daba la certeza que es propia de los profetas, de los hombres totales. El significado de misión que daba a su vida, le acercaba a las zonas verídicas. Al marchar, hacía camino. Su paso fundaba. Un día, escribe en correspondencia para la prensa argentina estas palabras: "Medita en los temas que más le complacen: en la noche, en el sueño y en la muerte" en que "es muy noble morir avanzando y caer al pie del árbol primitivo, mordido por la última serpiente del bosque, con el hacha en la mano". ¿Hay presagio en esas palabras? En 19 de mayo de 1895, Martí moría con el hacha en la mano, al pie del árbol nativo. Era en acción de guerra, de guerra libertadora: morir avanzando. En un artículo, como en un boletín de esa guerra en que moría, dejaba escrita esta frase con que puede hacer pie la sociología americana: "No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza".

En libro primero (1) —que quiso ser consciente apresto de marchas— atreví este juicio: la revolución de la independencia en nuestro continente fué revolución de la costa. El juicio se atrevía, también, a sostener que las Repúblicas, recién fundadas, cargaban con la sensación geográfica de las riberas, componiendo una historia que miraba hacia el mar. Y el mar era el correo de Europa. La élite fundadora era "a la europea". Las Repúblicas fueron ciudadanas y portuarias, sobre todo portuarias. Y los procesos republicanos fueron iniciados y dirigidos por la ciudad con puerto. Esta realidad respondía al rigor de la evolución capitalista, cuya civilización es, fundamentalmente, una civilización de ciudades portuarias; pero, a la hora de la fundación de nuestras Repúblicas es posible señalar claramente dentro del mapa del capitalismo dos categorías de puertos: el imperial y el tributario. Los nuestros correspondían a esta última. Y nuestras Repúblicas, también.

Detengámonos a registrar un hecho que necesitará en otro momento más completas reflexiones. Las insurrecciones de la larga víspera colonial habían enrolado en el continente a sus masas rurales. Habían sido insurrecciones populares y campesinas. En cambio, la in-

(1) *Esquemas Americanos*. Instituto Cultural Joaquín V. González, Buenos Aires, 1942.

surección definitiva —la del año 10—, con que se sanciona el derecho de las patrias es rebelión minoritaria y ciudadana. Tiene —me remito a los capítulos argentinos—, sobre un panorama general de exigente transformación, más de moderno golpe de estado, de complot de una élite propietaria, que de movimiento de multitudes. En el ejemplo argentino, el mismo Mitre advierte que la figura del pueblo frente al Cabildo está mentida sobre el cuadro realista de la poca gente conducida por los caudillos ocasionales de los barrios. Las multitudes que se agitaron, en distintas fechas coloniales, permanecen, entonces, quietas. Los interiores que se habían reiteradamente insurreccionado, no se insurreccionan.

Era, efectivamente, la revolución de la costa, de la ciudad portuaria, del puerto tributario y corresponsal de la colonización capitalista. El puerto abre el continente a la mercancía inglesa y su presencia obrará como ruptura violenta de las latentes industrias nativas. La mercancía inmigrante destruirá las formas en desarrollo de la civilización indígena. Los telares cesan de funcionar y las manos desocupadas regresan a la barbarie. He aquí que la civilización europea era barbarie americana.

Ya tenemos la explicación de las guerras civiles republicanas; más aún: también tenemos la explicación de que las guerras emancipadoras hayan sido, en el continente, guerras civiles y de que los interiores y sus multitudes no hayan compartido la revolución. Las primeras Juntas se apresuran a enviar ejércitos a los interiores. El Paraguay, que se había insurreccionado con los comuneros, enfrenta al ejército que le manda Buenos Aires; el centro de la gran revolución americana del siglo XVIII, resistía a la revolución costera del siglo posterior.

El orden revolucionario no se funda sobre una economía de tierra libre, sino de puerto libre. Las multitudes habían preferido aquella libertad: en sus insurrecciones coloniales y en las guerras civiles republicanas pelean por ella. Los comerciantes se aseguraron esta otra: la del tránsito de la mercancía inmigrante. Dos economías entran en pleito —desde entonces hasta ahora— en nuestro continente. Sostienen a una, como necesidad y aspiración, los pueblos de las Repúblicas. Con la otra, especulan las oligarquías republicanas, propietarias de las tierras. Las oligarquías vencieron a los pueblos. Los puertos dominaron a las Repúblicas.

Pero, el conflicto no se pudo circunscribir a la batalla económica y a una lucha entre reformas sociales. Existe otro conflicto, porque en el continente hay otro término principal, de energía poderosa, de poderes casi autónomos. Este término es anterior al social y al económico, pero sobrevive a ellos con plena energía indomable, incontrolada. Es el capítulo primero del pleito del hombre sobre la tierra y que mantiene en nuestra América su primicia. Es la naturaleza.

Abramos el libro de Sarmiento. El libro se propone explicar los pleitos argentinos —y americanos— como enfrentamiento entre las formas inmigrantes de la civilización y las formas indígenas de la barba-

rie. Pero, en sus páginas hay una fuerza que desmiente en cada línea el planteo del ideólogo: es la fuerza poderosa de la naturaleza americana, de la que el mismo Sarmiento era actor, y que asume en el libro el rol de principal personaje. La naturaleza explica a Facundo. La naturaleza escribe las mejores páginas en pintura de fresco (que tiene dimensiones y desplazamientos y vigor de pintura de fresco la prosa sarmientina). Cuando el ideólogo no pueda sostener su planteo, perdurará la descripción de la naturaleza y su fuerza como justificación del libro.

Desde su sentido mirador de exilado, Martí, cronista, ve esa naturaleza como la vio Sarmiento y al recomponer el cuadro de la pampa argentina, "planicie melancólica", recuenta su vibrante rusticidad, su intensidad de cielo, su energía libertadora. Esa naturaleza se resume en el hombre. Martí escribe entre interrogaciones: "¿A qué leer a Homero en griego, cuando anda vivo, con la guitarra al hombro, por el desierto americano?"

Señalemos en la descripción martiana —en toda su obra— su fidelidad a la naturaleza y reintegrémonos al conflicto que estamos registrando. De un lado, la naturaleza. Del otro: la República costera y ciudadana. En ensayo sobre *Sarmiento y Unamuno*, apunté, de pasada, el pleito con estas rápidas palabras: "Cuando Mayo —la revolución— sale a campaña, advierte que la naturaleza americana es superior a su pensamiento. Esta es —agregaba— la contradicción en que se debate la revolución en nuestra América". Esos son los términos y esa es la relación del enfrentamiento cierto. La revolución que regentó el comerciante y no incorporó a las masas, no pudo con la naturaleza. Y se verá a la costa imponer su hegemonía sobre los interiores, a la economía del puerto ejercer tiranía sobre la economía de la tierra, a la mercancía inmigrante batir a las industrias caseras. Pero, el ideólogo no someterá a la naturaleza.

El ideólogo de la costa tenía prisas clasificadoras. Las Repúblicas reclamaban su propio sistema de clasificaciones, como testimonio apresurado de que ellas eran parte de la civilización moderna, gran clasificadora.

Las Repúblicas y sus ideólogos debieron avisarse que clasificar es ejercicio inmediato al de ordenar y que éste sí es ejercicio principal de las civilizaciones. La propia esencia del acto ordenador exige prioridad: cuando ya han procedido a ordenar, las civilizaciones asumen el derecho de clasificar. Es el turno natural entre ambos ejercicios. Mas, cómo ha de emprenderse labor clasificadora cuando apenas se sabe de la abundosa realidad continental, cómo establecer con rigor los valores y las proporciones en la nueva escala cuando el continente es aún mapa inédito y naturaleza recelosa. Conducidos por esa imposibilidad, nuestros ideólogos identificaron en un mismo tiempo —en un mismo acto— el ejercicio de ordenar y el ejercicio de clasificar. A falta de un dominio casi total sobre las realidades, procedieron a identificar el orden y la clasificación, suponiendo que el tránsito clasificador

tenía de por sí poderes ordenadores. Era manera de confiar a sucedáneos intelectuales el imposible comando de las realidades del continente. Era pasar por sobre el acto inmenso de las realidades —como con zancos— para sancionarlas con el concepto. Era consultar, por un lado, las exigencias del interés costero y, por el otro, revestir a ese interés con el estilo de Repúblicas aéreas, de que dijo Bolívar. Era, en definitiva, un procedimiento en todo parcial de reemplazar las imposibilidades con las intencionadas hipótesis de aquel interés. Pero, la clasificación no podía tramitar orden. La clasificación era vana cuando faltaban estructuras ordenadoras, cuando había un déficit abrumador de sociedad, cuando la naturaleza era una gran y total disidente.

Al cabo de la identificación, el turno natural de aquellos ejercicios de civilización había sido invertido. Las prisas del ideólogo y el interés que representaban habían anticipado el trámite de clasificar no ya para reincidir en la imposible tentativa ordenadora, sino para someter al rigor de sus definiciones esas realidades que no habían podido ordenar. La definición supuso —y ambicionó— dominar a la realidad, sojuzgarla, humillarla, vencerla. Entonces, ya circulán estas palabras componiendo dos definiciones enlazadas en una antinomia: Civilización y barbarie.

Al pleito entre la costa y los interiores, entre la minoría y la multitud, entre la economía del puerto y la economía de la tierra, entre la sociedad mercantil y la sociedad rural, entre el ideólogo y la naturaleza se lo radicó —con violencia judicial— en esos términos. La costa, la minoría, la economía del puerto, la sociedad mercantil y el ideólogo eran la civilización. Los interiores, la multitud, la economía de la tierra, la sociedad rural y la naturaleza: la barbarie.

No dejemos de preguntarnos cuáles eran las medidas que los ideólogos aplicaban en la empresa clasificadora. Hagamos un alto en la única respuesta posible: eran medidas europeas. Y las medidas europeas para América eran medidas de colonización. No es la medida europea de Montaigne: "S'ils se feussent proposé d'estendre nostre foy, ils eussent considéré que ce n'est pas en possession de terres qu'elle amplifie, mais en possession d'hommes" (*Essais*, Livre II, Chapitre VI). No es la medida de Diderot: "Si un Tahitien débarquait un jour sur vos côtes et qu'il gravat sur une de vos pierres ou sur l'écorce d'un de vos arbre: «Ces pays appartient aux habitants de Tahiti». Qu'en penserais-tu?" (*Supplément au voyage de Bougainville*). Las medidas europeas que los ideólogos aplican están más cerca de las sustentadas por los empresarios y los conductores de los imperios. Saben a Bentham y a Thiers.

Esas medidas sancionan la legalidad de la guerra que aquello que se ha denominado civilización lleva a cabo contra lo que ha recibido el nombre de barbarie. Esa legalidad ostentará credenciales y poderes otorgados por el siglo liberal. El liberalismo suscribe sus boletines de exterminio de las formas sociales indígenas. No ha de tardar —alarde con que el positivismo habla en la zona de las ciencias el lenguaje del victorioso burgués— la tesis de la mentalidad primitiva que vendrá a

confirmar las prerrogativas todopoderosas del civilizado europeo y del empresario europeizador.

Y he aquí a las Repúblicas con sus contradicciones auestas. Con sus soledades. Con sus sangres angustiadas. Con sus desiertos. Con sus guerras. Con sus rebeliones. Con sus tiranías. "Las Repúblicas han purgado en las tiranías —deduce Martí— su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país..." "La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden", sino "en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas..." En vano que el ideólogo remede al adoctrinador lejano: "Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero". La naturaleza, podrá siempre más que la ley importada. Y el hombre de esa naturaleza no se adaptará al concepto forastero: "Con una frase de Sieyès no se desestanca la sangre cuajada de la raza india". Mientras tanto, "las capitales de corbatín dejaban en el zaguán al campo de la bota de potro" y los "redentores bibliógenos" no entienden que la revolución "con el alma de la tierra ha de gobernar, y no contra ella ni sin ella". La revolución habría de ser toda revolución. Su programa: el cambio del espíritu. "Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto al interés y hábitos de mando de los opresores". ¿Por qué "a adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yankees o francesas"? "Ni el libro europeo ni el libro yankee daban la clave del enigma americano". Pero, se insistió en ello. Y compusimos "una máscara con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norte América y la montera de España. El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor, y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bautizar a sus hijos. El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón, solo y desconocido, entre las olas y las fieras. El campesino, el creador, se revolvía, ciego de indignación, contra la ciudad desdeñosa, contra la criatura. El método hubiera consistido "en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella". Y eso no se hizo. Y "nos quedó el oidor y el general, y el letrado, y el prebendado".

En comentario que Martí destina a un libro sobre la pampa, castiga en su autor la tendencia a explicar como desviaciones y atavismos "donde pudo y debió ver los lances heroicos de la sociedad inicial, el combate primario del hombre y de la fiera, la tristeza asidua y gozos violentos de la vida nómada..., la disputa de las tribus pujantes y naturales con la ciudad literaria y leguleya..." Porque "lleva teoría, que es como llevar venda", el autor enjuiciado "no ve más que barbarie primitiva y necesidad feroz de sangre en el indio de generaciones oteadas y acuchilladas por el blanco, que congrega a su prole, frente al cautivo blanco atado, a que con sus manos indias cumpla la justicia que manda cumplir la tierra de sus padres, manchada por el invasor". Sigue enjuiciando: "A crudeza animal, e insistencia de la fiera en la composición humana, atribuye la familiaridad, que le parece gusto, del gaucho con la sangre, sin notar que ésta es consecuencia

de la vida carnicera del gaucho, que se ve, en las comunidades civilizadas, en los mataderos de reses, casado con el cuchillo..."

Agrupemos aquí otra advertencia que Martí escribe en comentario de otro libro, esta vez de tema y autor argentinos. "No vale —dice— quitar unas piedras y traer otras, ni sustituir una nación estancada con una nación próspera, ni sacarse el corazón y ponerse otro de rezazos con una aurícula francesa y un ventrículo inglés..."

No ha habido batalla entre la civilización y la barbarie. Las definiciones mentían. Las clasificaciones habían sido fraguadas con interesadas prisas. Las realidades americanas no habían sido honradas con una nomenclatura que les perteneciera. Lo que se llamó barbarie no lo era. Lo que recibió el nombre de civilización no siempre lo merecía. El duelo americano no quedaba encerrado dentro de la antinomia del ideólogo, ni el rigor de un dilema concertado por medidas interesadas podía contener y reprimir el cuadro violento, complejo y desordenado de nuestras realidades. Saberlo de esa manera era plan de colonización; era reprimir la vida del continente en nombre de la historia escrita por los que vencen; era desconocer los rostros numerosos, las numerosas placas, las numerosas esencias propias de nuestra América. Era negarle su propia posibilidad. Era negarle el método para elaborar su propio futuro y acometer sus propias creaciones. Era mutilar a América.

El rápido recuento de las contradicciones republicanas que hace Martí forman capítulo contra el ideólogo. Mas, este capítulo que nos devuelve la visión segura de nuestras realidades y sus pleitos interiores no se nos presenta solamente integrando un método de interpretación, sino que, también, formula un método de realizaciones. El análisis se hace programa. El juicio, acción. Y el sociólogo reclama milicia. Y es que en Martí no anda sólo el cronista, ni el indagador, ni el poeta. Con ellos hace marchas conjuntas el Martí, misionero de patrias, el que desvela en fundar la libertad en la suya oprimida para Hermanarla —fraternidad del problema— en la patria americana que debe rescatar su historia para vivirla no en el duelo de sus elementos, que sólo puede interesar al mercader, si en la alianza de elementos y posibilidades, que ha de ser programa de sus hombres. Desaparecerán así las distancias fraguadas por el ideólogo, y la inteligencia sabrá a la naturaleza. Y la costa a los interiores. Y el ciudadano a su hermano, el indio. Y los distintos estados sociales y económicos acudirán a formar asociación fraternal, sin sangres en duelo, sin humillaciones, para crear la síntesis americana.

EL SIGNIFICADO ESTRUCTURAL DE LA DEMOCRACIA

por JUAN CUATRECASAS.

DIFÍCIL es hallar una definición de la *democracia*, como de la vida. Y sin embargo sabemos distinguir lo vivo de lo muerto. Ni la etimología ni la historia nos pueden dar una noción exacta de lo que entendemos hoy por democracia; la biología nos la puede dar, si bien los orígenes filosóficos de la concepción democrática arrancan de las doctrinas atomísticas de Demócrito, y del empirismo científico de Locke, Hobbes, Spencer, precursores de la moderna filosofía científica. Más no me propongo añadir una definición más a las que traen tanto confusión sobre la palabra *democracia*. Los enemigos del progreso humano derraman ironía y desprecio sobre la misma cada vez que descubren una imperfección o una incoherencia en la conducta de los Estados que se denominan democráticos. Y también los amigos de la democracia se desilusionan y desorientan cada vez que un martillazo de injusticia proveniente de manos democráticas les sacude violentamente su conciencia social. He aquí, pues, la necesidad de meditar sobre el problema.

Bajo el prisma filosófico, las actuales concepciones del mundo y del espíritu humano se proyectan hacia una inevitable justificación teórica de la democracia. Pero más que nunca, las corrientes biológicas de la actual sociedad humana convergen hacia la democratización de las organizaciones sociales. No debemos confundir democracia con Estado democrático. Además, la forma de un Estado democrático no es siempre una imagen fiel de la personalidad colectiva de un pueblo. Se confunde demasiado al espíritu colectivo con la experiencia concreta de una forma política.

Entonces, ¿qué debemos pensar de la democracia? Que es una necesidad de *armonía social*. No es la perfección lo que la vida exige, sino la armonía. Es decir, la capacidad de desarrollo funcional sin mutilaciones. *Regulación sin mutilación*: he ahí la fórmula de la organización de la vida en sus manifestaciones individuales y sociales. La vida no es geométrica aunque se manifieste en formas geométricas, penetrándolas con un aliento extra-espacial que lleva realizaciones actuales y potenciales, siguiendo un ritmo de periodicidad dinámica que los matemáticos comparan a la espiral logarítmica (Chyka) y los biólogos a la dinámica musical (armonía kinética de Monakow). Y esta armonía, incluye elementos heterogéneos vivificados por la plenitud de la expresión histórica a través del espacio geométrico de una estructura. Porque *la democracia no es más que una estructura*, la que la colectividad humana adopta en su crecimiento mental.

Las formas sociales llevan la huella del esfuerzo y del pensamiento humano, pero no son categorías del espíritu. Ni son tampoco crea-

ciones destinadas a la inmutabilidad. Pero en el curso de la evolución psicológica de la humanidad se puede afirmar que cuando el hombre sale del *isomorfosis Social* entra en la tendencia democrática, única estructura que permite aprovechar toda la energía mental constructiva y toda la experiencia social sin caer en la fijación ni en el apriorismo. Por eso se dice que la estructura existe en relación con una función. Una estructura en función puede ser sincrónica o diacrónica; o sea normal o patológica (J. Meyerson). La noción de estructura domina el estudio de las modernas ciencias sociales, económicas, lingüísticas, así como la historia de la psicología.

La biología moderna no se preocupa tanto de la forma como de la estructura de los organismos. No es la morfología de un cerebro lo que marca su jerarquía, sino su estructura. Esta nos habla de las posibilidades funcionales futuras; por eso la estructura de los cromosomas determina el desarrollo de los caracteres genotípicos del organismo. La estructura es una auténtica realidad sociológico-biológica. Cuando decimos que una sociedad tiene una estructura democrática queremos decir que tiene una organización basada en el reconocimiento de los derechos populares; pero también que permite un progresivo desenvolvimiento vital de las actividades humanas en un sentido integral. La estructura biológica es una realidad concreta y registrable (Walter Tritesch); pero dentro de sus redes contiene otra realidad, mágica, una libertad temporo-espacial, una posibilidad no prefijada, precisamente porque la estructura viviente da contenido a la vida sin quitarle ninguno de sus atributos fundamentales ni sus antenas sensoriales; y especialmente actúa de resonador de aquellas peculiares cualidades de *transparencia y libertad*.

Para el Hombre, la libertad es esencial. El origen del sentimiento de libertad es espiritual, intelectual y moral, ligado al sentimiento de responsabilidad indispensable para que el hombre sea Hombre. Ahí encontraríamos las raíces de la noción de democracia. Porque la libertad intelectual permite al hombre el progreso científico y técnico, además del progreso filosófico; pero en el fondo de toda concepción humana hay algo más complejo y al mismo tiempo más primario: un sentimiento místico de amor a la humanidad, expresión de la solidaridad biológica de la especie. Y esta profunda sensación de *contacto místico con el infinito* sería la justificación intuitiva de la democracia para algunos pensadores modernos (Max Brod).

El progreso de nuestros conocimientos había llevado a los filósofos a creer que la razón podía resolver todos los problemas de la historia. Pero la ciencia, como expresión de las leyes del pensamiento, es tan sólo un medio de conocimiento esquemático que utiliza la experiencia y la razón. Y todos los absolutismos se sostienen por la falsa idea de que el hombre se halla en posesión de la verdad, o sea que tiene la clave de la *certeza*. La certeza procedía antes de los dioses. Pero Mencio, en el siglo IV antes de J. C. decía que "el cielo ve como ve el pueblo, el cielo oye como oye el pueblo", diluyendo esta certidumbre en la clarividencia del pueblo, en un primer esfuerzo de de-

mocratizar el poder del pensamiento. Pero el pensamiento no puede ser exclusivo de nadie, pertenece a toda la humanidad.

Se creyó que los matemáticos podían descubrir y crear por medio del pensamiento puro. La matemática fué la base de muy sólidos sistemas filosóficos desde Pitágoras a Kant. Pero la ciencia moderna se basa en la experiencia, y necesita de la experiencia continuada, que nunca se repite exactamnete porque la naturaleza juega con un número ignorado e ilimitado de elementos. La experiencia nos ha preparado para dudar de la certeza y para asistir impasibles al descalabro de cualquier sistema de ideas en cualquier orden de cosas. La filosofía actual busca una *flexibilidad* mental que adapte los métodos del intelecto a los nuevos datos que la experiencia aporta, sin pretensiones de eterna verdad. Y esta corriente filosófica corresponde a la corriente sociológica que reposa sobre un sentido democrático.

Algunos filósofos contemporáneos (Hans Reichenbach, Bertrand Russell) critican a Kant, a Hegel, a Marx, por haber ideado sistemas metafísicos para calcular el futuro y hacer la ordenación lógica de las sociedades. Bertrand Russell dice que los filósofos son tímidos y odian lo inesperado. Un exceso de previsión y de lógica produciría un resultado paradójico sobre la evolución social. Por eso la realidad ha enfriado el optimismo de las *utopías sociales*, basadas en proyectos de *perfección maravillosa* elaborados por la razón. *No debemos confundir democracia con utopía*. La ciencia de hoy, por medio de la técnica, conduce a la sociedad hacia su camino; más con cierta modestia, con sencillas utilidades prácticas y dándole un empirista contenido filosófico, alejado de aquellos perfectos sistemas metafísicos que fueron admiración de tantos espíritus.

H. E. Barnes y H. Becker ("Historia del pensamiento social", 1945) recuerdan cómo en la gran era del imperialismo egipcio (siglos 16 y 15 antes de Jesucristo) el Faraón tenía la completa posesión moral y material de todo el país. Amenofis IV tuvo que cambiar de nombre (Akhnatón) por la revolución religiosa que sacudió su imperio: en lugar de la veneración del sol antropomórfico (Amon-Ra) se comenzó a venerar al disco solar con alas extendidas (Atón). En esta época de perturbaciones dicen Barnes y Becker que "las masas se pacificaron mediante una *democratización* de la inmortalidad osiriana". Hasta en la historiografía, pues, vemos que el proceso de democratización exhibe dos características: es relativista y radica en revoluciones doctrinarias.

Parece que la defensa primitiva del hombre frente a la injusticia de la naturaleza es la creación de mitos. Hablo de *injusticia* en un sentido antropomórfico primario, pues en realidad se trata de una *inadaptación* de la vida humana a los fenómenos cósmicos. Las sociedades humanas primitivas se han articulado de modo caótico (irracional) tomando los mitos cosmogónicos como molde para una justicia humana, un *orden social* (!). Todo el esfuerzo de la mitología para humanizar a los dioses no fué suficiente para terminar con la arraigada deshumanización de la sociedad. Y he ahí otra justificación de la democracia: la *rehumanización de la justicia social*. Desandar el ca-

mino mal andado por la mente primitiva. En este misterioso camino no han seguido juntos los sabios, los sacerdotes y los poetas. Estos llevan ventaja porque jamás salieron del molde armónico de la vida. Lo que los poetas hallan por intuición es la justicia dentro de la realidad de las cosas humanas, como la música. El poeta y el músico se mueven dentro del mundo humano, tan infinito como el cosmos. La poesía es, por ello, garantía de sentido democrático.

La ciencia ha conseguido sustituir la barbarie de la superstición por la barbarie técnica. Mas ¿quiere ello decir que el hombre social de hoy debe de estar sometido a las leyes de la técnica? Si reducimos toda la vida del hombre a la técnica suprimiremos la poesía, el espíritu, en su sentido más profundo. Lo que es imposible para el hombre es vivir de espaldas a la técnica. La sociedad actual descansa sobre la técnica pero no puede estar subordinada a ella. Una sociedad primitiva no disfruta de progreso material por falta de técnica, pero una sociedad barbarizada por exceso de técnica no tiene posibilidad de progreso espiritual por falta de libertad. El problema estriba en estructurar todo el utilaje técnico (material y jurídico) de modo que deje fluir las corrientes poéticas y filosóficas hacia el porvenir, si es posible a chorro. He ahí la imagen democrática: armonía de la técnica, la ciencia y la poesía, entre otras muchas actividades del espíritu. Es decir, armonía integral del hombre.

Al evolucionar las sociedades humanas encuentran a menudo que el primitivo artefacto del orden creado bajo las concepciones místicas ahoga el espíritu de los pueblos, o bien los deforma. Necesita entonces una liberación. Es el sentimiento de liberación que ha inspirado tantas revoluciones. Pero si el artefacto de dicha organización social se hace de acuerdo a la naturaleza humana; de acuerdo con las posibilidades de la técnica y los proyectos de la inteligencia, entonces dicho artefacto, como estructura dinámica, no será obstáculo, antes bien soporte, para el desarrollo de todas las actividades sociales genuinamente humanas. Porque la libertad tiene dos aspectos: el filosófico, que se traduce en flor de pensamiento, y el del sentimiento, que se traduce en acción. Ambos son necesarios para la estructuración democrática. Repito aquí que la democracia es una estructura.

Ello quiere también decir que *democracia* no es simplemente una estática supremacía del pueblo, ni un amorfismo político mayoritario. Es una estructura que sirve de soporte al desarrollo de la vida social, y de garantía a su jerarquización. Democracia es diferenciación funcional, progreso y actividad encauzada dentro del marco de las posibilidades biológicas (psicológicas) de la humanidad. Tampoco quiere decir que un país que ha adoptado una estructura democrática tenga que andar bien forzosamente. Sus problemas pueden estar bien o mal resueltos; ello depende del modo que los hombres y los pueblos sepan aprovechar las ventajas de cada estructura. Y digo a propósito *cada estructura* porque no hay un solo modelo de estructura democrática, como no hay un solo tipo de estructura cerebral en la escala zoológica. Una democracia puede progresar o bien puede anquilosarse. Una es-

estructura democrática tiene muchas ventajas para el progreso, aunque a pesar de ello los hombres que actúan dentro de la misma pueden no aprovecharlas. En cambio, un país sometido a la laminación mental de un régimen absolutista no progresará nunca.

Los críticos advierten que la democracia no es necesariamente el gobierno de los más aptos, pues el pueblo puede equivocarse en la elección. Esto es verdad. Pero ¿quién es que puede acertar mejor que el pueblo? Aquí puede recordarse la experiencia histórica por la cual se demuestra que los dioses pocas veces acertaron en elegir a los monarcas que durante tantos siglos tiranizaron por derecho divino. Pero no es solamente *aptitud* lo que necesita el gobernante, sino honestidad y sentido de justicia humana. La historia está tan preñada de tiranos que la primera condición de vida social debe ser la de garantizar el respeto a la vida y a la persona humana. Quizás sea todavía éste el fundamento más serio de la democracia: *la necesidad de proteger a los pueblos del peligro de gobernantes deshumanizados.*

La democracia permite un mecanismo de selección que llegue a encontrar a los hombres capacitados para dar soluciones a cada uno de los problemas colectivos; y permite también sucesivas rectificaciones así como la distribución orgánica del trabajo. Permite también deslindar los campos de las actividades especializadas, dentro de una coordinación sistematizada. Y así, además de la primordial condición del sentido de responsabilidad unido al sentimiento de solidaridad humana, el gobernante debe reunir, entre otras muchas, dos condiciones muy interesantes: energía y competencia. No basta la competencia; es necesaria la energía y decisión para la ejecución ordenada. Ambas cualidades son importantes y deben desarrollarse a través de los hilos casi invisibles de la organización democrática para que sean fructíferos. Y deben también desenvolverse equilibradamente dentro de dichas estructuras. Porque cuando se hipertrofia alguna de estas dos cualidades y hace irrupción metaplásica, más allá de lo reglamentado, entonces desaparece el orden democrático. Si es la energía lo único que se valora, caemos en la *dictadura*; si es la competencia, caemos en la *tecnocracia*.

EL FONDO SOCIAL DE "DOÑA BARBARA"

por LUIS EMIRO VALENCIA.

LA obra de Rómulo Gallegos es un mosaico equilibrado de problemas sociales comunes a Indoamérica. Allí se encuentra presente el hombre y su lucha contra el medio y las instituciones que padecen de una dramática inadecuación social. "Doña Bárbara", como personaje central, es la representación tipo que muestra la transformación de la

inocencia y el candor romántico en la perversión calculada y brutal. Es la clara expresión humana de una metamorfosis psicológica resultado de un medio social primitivo, adobada por las supersticiones bárbaras y estimulada por los instintos sensuales que producen en todos los órdenes una regresión bestial. El latifundio de "El Miedo" sirve de marco adecuado a Doña Bárbara para realizarse negativamente, utilizando la venalidad de una justicia impuesta por la fuerza y el soborno. En todo caso, al final del recorrido veremos como un tinte de humano amor hacer regresar a Doña Bárbara por el camino de la razón y el desencanto a la normalidad psicológica. Es la gran lección del maestro americano.

En una visión espectral repasamos los paisajes sociales que nos pinta Rómulo Gallegos en su inmortal "Doña Bárbara". El Hato de Altamira nos sitúa, nos localiza, en el ambiente adecuado donde se realizan las luchas indómitas de los hombres en su ferocidad por controlar la tierra. Estos hombres semisalvajes se destruyen entre sí. Los Luzardos y los Barqueros se eliminan de la vida; y nos llena de espanto el alma al observar las reminiscencias feudales que nos refrescan el recuerdo de los Montescos y los Capuletos en su desangre estéril y amargo. Pero lo paradójico es que se destruyen por la posesión de la tierra en medio de un inmenso mar de tierra y yerba donde todos cabrían armoniosamente. El alma hampona y cetrina posee los cuerpos de estos hombres tenebrosos y hacen de la barbarie una "ley violenta" que imprime un carácter macabro a la tarea de vivir. El "brujeador", Melquíades Camarra, es la personificación perfecta de esta violencia hecha humanidad. Los hombres que tienen —según lo explica Mellesio— como toda herencia hijos, once bocas con sus dientes completos", no emplean su fuerza para resolver sus problemas sino para destruirse inútilmente y agravar así más su drama. Los odios ancestrales dibujados en la lucha a muerte entre don José y Félix —padre e hijo— nos llevan a una reconstrucción esquiliana de la tragedia tropical. Está el ambiente social lleno, pesado, saturado, carcomido de melancolía y dolor. La descomposición social se acentúa y el caos acelera la licuación de los supervivientes. La fuga de la realidad por incapacidad de regreso a la paz y la armonía por medio de la justicia sino en la evasión de los supervivientes. La fuga de la realidad por incapacidad de transformarla. Así vemos cómo la madre de Santos Luzardo, el único superviviente de la ruina trágica, "quería salvarlo educándolo en otro medio". Pero el trasplante súbito no produce sino una nueva forma de frustración. Se presenta el gran desequilibrio por inadecuación ambiental. El problema indoamericano: del campo a la ciudad, donde se pierden las virtudes y se ganan los vicios. En vez de llevar la cultura al campo llevamos al campesino a la degradación moral y biológica y a la inadaptabilidad total. Rómulo Gallegos nos lo explica: "La falta de horizonte abierto ante los ojos, del cálido viento libre contra el rostro, de la copla en los labios por delante del rebaño, del fiero aislamiento en medio de la tierra ancha y muda. La macolla de hierba llanera languideciendo en el tiesto". Desde la ciudad sólo piensa el

campesino con dinero en fugarse al exterior. "La tierra natal ya no le atraía, ni aquel pedazo de ella, ni toda entera, porque al perder los sentimientos regionales había perdido también todo sentimiento de patria." Es una manera muy nuestra de destruir de un tajo las raíces que nos atan al suelo nativo. Es una forma de "envejecer en un instante". El hombre se convierte en un exilado dentro de las propias fronteras y su gran ansiedad es separarse por siempre de la tierra que lo vio nacer. Es la imagen de los hombres que todo harían por su patria menos vivir y sufrir en ella. Al producirse la fuga, la evasión por cobardía a la realidad, "Doña Bárbara" entra en saco roto a tomarse la Hacienda de Altamira. El espíritu de cacique se retrata fielmente en la obra. Se impone la ley de la brutalidad y la audacia. Es la tendencia que necesitamos destruir y que bien lo enseña Gallegos: luchar con "Doña Bárbara", criatura y personificación de los tiempos que corrían, no sería solamente salvar Altamira, sino contribuir a la destrucción de las fuerzas retardatarias de la prosperidad de los Llanos". "Para llevar a cabo todo eso se requiere algo más que la voluntad de un hombre. ¿De qué serviría acabar con el cacicazgo de doña Bárbara en el Arauca? Reaparecería más allá, bajo otro nombre. Lo que urge es modificar las circunstancias que producen estos males: poblar. Pero para poblar, sanear primero, y para sanear, poblar antes." Esta es otra muestra del fondo social de la gran novela de Rómulo Gallegos.

Pero Gallegos continúa en su obra vertebrando los grandes males de nuestras tierras. Lo apasionante es ahora comprender estos problemas y resolverse a luchar contra ellos. La destrucción biológica de nuestros hombres es una tarea de la cual se encarga la Naturaleza, la ley y la incapacidad. El factor dinámico de la sociedad debe barrer el concepto estático y retardatario que obstaculiza el progreso. Así pensaba Santos Luzardo en su viaje de evasión. "Por el trayecto, ante el espectáculo de la llanura desierta, pensó muchas cosas: meterse en el ható a luchar contra los enemigos, a defender sus propios derechos y también los ajenos, atropellados por los caciques de la llanura, puesto que doña Bárbara no era sino uno de tantos; a luchar contra la Naturaleza; contra la insalubridad que estaba aniquilando la raza llanera, contra la inundación y la sequía que se disputaban la tierra todo el año, contra el desierto que no deja penetrar la civilización." He ahí en conjunto, una serie de objetivos, por los cuales sí vale la pena entregar la existencia. Los enemigos no son nuestros propios hermanos de patria y de dolor sino la miseria, el hambre, el analfabetismo y la naturaleza hostil. La sobria ingenuidad del indio Melesio, con su elemental filosofía, nos describe el tremendo azote de las enfermedades tropicales que diezman a nuestros hombres y debilitan nuestra raza: "Es verdad —dice Melesio— que por aquí no es tan enfermizo como por esos otros llanos, pero a nosotros también nos jeringa el paludismo. Yo, que le estoy hablando, once hijos tuve y siete de ellos llegaron a hombres. Usted debe recordarlos. Pues hoy sólo me queda Antonio. Y ansina como le hablo yo, le pueden hablar también muchos otros. Lo que sucede es que tenemos personas que le damos fiebre a la ca-

luntura. En buena hora lo haiga dicho, por todos los que estamos presentes, con el favor de Dios. Pero con los demás hace su juego el paludismo". — "No tiene sino que mirar cómo me he quedado con mautaje solamente. El ganado grande: los hijos y las mujeres de los hijos, me los arrasó el gusano." En esta dolorosa e ingenua confesión del indio Melesio, se encuentra la verdad y la miseria de nuestros hombres y el grave problema que los sabios estadistas denominan fríamente como la "morbilidad infantil", sin detenerse a meditar sobre sus graves consecuencias y las formas enérgicas y adecuadas de curar tan hondos males.

Las ondas de lirismo que recorren la obra galleguina no son suficientes para apagar el mensaje íntimo de nuestros dramas sociales. El canto al llano, la inmersión del hombre en el medio hostil, nos producen un hondo estremecimiento voluptuoso y extraño. La emoción tranquila del paisaje natal es algo así como un LEIT MOTIV de contornos apasionantes. Invoquemos la descripción poética que hace Gallegos de un atardecer llanero: "Se ocultó por fin el sol, pero quedó largo rato suspendido sobre el horizonte el lento crepúsculo llanero en una faja de arboles sombríos, cortados por la línea neta del disco de la llanura, mientras en el confín opuesto, al fondo de una transparente lontananza de tierras mudas, comenzaba a levantarse la luna llena. Se fué haciendo más y más brillante el fulgor espectral que planteaba los pasionales y flotaba como un velo en las hondas lejanías, y ya era entrada la noche cuando llegaron a las funciones del ható". Esta hermosa página ayuda a la imaginación para entender en lo posible la actitud semibárbara de los hombres de esa "tierra de los hombres machos". El contraste de la naturaleza poderosa con el hombre solo, enfrentado a sí mismo, nos explica el carácter de esos hombres, su tipicidad psicológica, producto del medio natural y de las instituciones arbitrarias y artificiales. Juan Palacios es quien define las reacciones que imprime el contacto íntimo con el medio que el hombre puede también transformar. La ruda franqueza del llanero al calificarse como un ser, como un hombre "que no es sino lo que se le ve por encima". Esta poderosa fuerza de la naturaleza incrustada en seres primitivos los lleva a la fantasmagórica brujería. El rito alucinante del "familiar", el totem simbólico que defiende la tierra y los hombres. La brujería es utilizada en medio del atraso como un recurso de dominio social. Doña Bárbara lo sabe muy bien y explota sus imaginarias vinculaciones con Mandinga, "El socio", que le ayuda a reinar entre sus gentes adormiladas por la torpeza. Es la explicación elemental de las cosas por medio de la brujería orientada hacia el dominio de la ingenuidad. Así se produce esa tremenda filosofía de la verdad: "las cosas son verdad —dice el Pajarote, peón de doña Bárbara— de dos maneras: cuando de veras lo son y cuando a uno le conviene creerlas o aparentar que las cree". Este pensamiento es una forma delicuescente de ordenar la vida y el destino al capricho de los poderosos. Pero en medio de este panorama encontramos la voz de la cordura y el raciocinio. La transformación del animal en hombre a través del diálogo comovedor entre Santos

Luzardo y Lorenzo. Lorenzo es el hombre que invoca un apoyo para surgir del abismo. "Es necesario matar el Centauro que llevamos por dentro", dice. En su rebelde amargura gime: "¡la llanura! ¡La maldita llanura, devoradora de hombres!" La frustración de Lorenzo espeja diamantamente un dramático estado social. Santos Luzardo piensa que Lorenzo no ha sucumbido tanto por los encantos de doña Bárbara, como por "la acción embrutecedora del desierto", y su cerebro le indica que debe contribuir a suprimir la ferocidad para que los hombres se realicen abierta y hermosamente. Piensa también en la necesidad de transformar el llano para transformar a los hombres, llevando la civilización, la higiene, el derecho, la libertad, y todas las conquistas humanas que hacen la vida digna de ser vivida.

Dentro del plano de Santos Luzardo se encuentra un gran ejemplo de transformación: Marisela. La educación cambia los seres y la sociedad. Es la gran lección de Rómulo Gallegos, cuando Santos Luzardo resuelve ensartar el hilo salvaje de Marisela en la aguja punteada de la educación. Se transforma, se realiza, ama, adquiere una extraordinaria humanidad a través de esa amable superioridad del conocimiento. Es redescubrir la vida. Es la transformación, la superación por medio de la enseñanza. Podríamos parafrasear a Gallegos y decir que el conocimiento como la miel de las aricas: "es muy dulce, pero abraza como fuego". Y viene la posesión consciente de la belleza y del amor. La honda tenue de Marisela siente que su rostro y su alma están limpias y han adquirido una nueva tonalidad. La frescura del agua y la educación del alma le dejan sensaciones desconocidas. Puede pensar y decir: "¿Por qué no se sentirá la propia belleza, como se sienten los dolores?", y remata sus pensamientos Gallegos con ese hermoso pantheísmo estético: "La belleza no está en ella solamente; está en todas partes". Es otra gran lección que nos entrega el maestro americano en su "Doña Bárbara": la educación y el amor logran transformar la vida.

Es tan vasto el paisaje de problemas que plantea Gallegos en su obra, que en este breve ensayo, no podríamos determinarlo en su universo. Nos muestra a Mr. Danger como el extranjero que humilla al hombre inferior y que en su complejo de dominación cree que los ojos azules indican un poder sobrenatural sobre los hombres amarillentos. Santos Luzardo defendiendo a Marisela del apetito de Mr. Danger, es el símbolo de la nacionalidad herida y altiva, dispuesta a defenderse de la "humillante tutela extranjera". Es un gesto de dignidad, no importa su aparente impotencia. Es un gesto y, por ahora, esto es suficiente.

Por allá, perdidos entre las marañas, adivinamos a los indios yaruros y cuibas, nómades, feroces y aturdidos enfrentados entre sí en su ingenua y primitiva torpeza. Ellos que están al margen de la vida humana víctima de la transición, incomprensible, brillan y vagan como estrellas solitarias y perplejas por la llanura. Son otro hecho de un drama social muy olvidado que palpita con sangre y dolor en la obra gallega.

No todo es literatura en "Doña Bárbara". Santos Luzardo es el emprendedor que desea civilizar al llano y su industria. Desea borrar el empirismo para llevar una vida mejor a su pueblo y a su región. Y dice Santos Luzardo: "Milagro que todavía exista el ganado, que fué innovación introducida por los colonizadores españoles. Duro es decirlo, pero el llanero no ha hecho nada por mejorar la industria. Su ideal es convertir en oro todo el dinero que le caiga en las manos, meterlo en una mícura y esconderlo bajo tierra. Así hicieron mis antepasados y así haré yo también, porque esta tierra es un mollejo que le embota al filo a la voluntad más templada. Con esto de la quesera, y así pasa con todo, otra vez empezaremos por donde mismo estábamos hace veinte años. Entretanto, la cría degenera por falta de cruzamientos y por excesos de plagas que la diezman. Todavía se pretende curar el gusano con oraciones, y como los brujos abundan y hasta los inteligentes terminan creyendo en ellos, no se procuran remedios". Esta es una sabia formulación de la enfermedad, un gran diagnóstico que exige una terapéutica adecuada. "Por todo eso —continúa— precisamente, es necesario civilizar la llanura; acabar con el empírico y con el cacique, ponerle término al cruzarse de brazos ante la Naturaleza y el hombre."

Y decíamos al comienzo que veríamos como un tinte de amor humano haría regresar a doña Bárbara a la normalidad de su ser. El recuerdo fiel de Asdrúbal, el amor frustrado cruelmente y la humillación de su sexo, emponzoñaron su carácter de por sí indómito. Pero fué fiel a su amor que frustró la vida pero que salvó el recuerdo. Asdrúbal quedó inmóvil en su pensamiento y especialmente la hacía vibrar en aquellas "noches alucinantes en que hasta las bestias duermen inquietas". El amor a su hija Marisela y la mezcla de temor y sueño por Santos Luzardo la hicieron abandonar la violencia y el odio para recluirla en el olvido de sus pasos y en la leyenda de su figura.

Dejamos hasta aquí el estudio del fondo social de "Doña Bárbara" y aprendamos la lección del maestro, que "aceptó el don de paz y dió, en cambio, una palabra de amor". Recordemos al propio Rómulo Gallegos cuando al final de "Doña Bárbara" nos dice: "¡Llanura venezolana! ¡Propicia para el esfuerzo como lo fué para la hazaña, tierra de horizontes abiertos donde una raza buena ama, sufre y espera!..." Para que esa espera no sea eterna necesitamos del esfuerzo de los nuevos hombres. Honor al maestro indoamericano, que alcanza a conocer la gloria de la inmortalidad y el dolor que produce el atrevimiento de la fuerza. Dolor de la gloria y la inmortalidad. El mejor homenaje a Rómulo Gallegos es invitar a las nuevas sensibilidades y a las nuevas generaciones de América a imitar sus pasos y a entender que en cada hombre —indio, mestizo, negro o blanco— de nuestra amada tierra, están las almas y los cuerpos que esperan de nuestro pensamiento y nuestra acción el camino de la superación, la grandeza y la libertad!

CARTA A GERMAN ARCINIEGAS SOBRE EL PARAGUAY

por ORLANDO C. ROJAS.

SEÑOR Germán Arciniegas. De mi distinguida consideración:

Tengo en mi poder un ejemplar de la tercera edición de su libro "Entre la Libertad y el Miedo". Al adquirirlo abrigaba la esperanza de que en el capítulo referente al Paraguay, hubiera Ud. introducido algunas modificaciones fundamentales con las que se beneficiaría el pueblo paraguayo y quedaría a salvo la responsabilidad de un escritor de la envergadura y prestigio suyos, en nuestro ámbito latinoamericano.

Comprobado que, en dicha edición se persiste en la desfiguración penosa del esquema político paraguayo, surge la necesidad de agotar todos los esfuerzos posibles para contribuir a la clarificación de actitudes y conductas de hombres y partidos que protagonizan el drama paraguayo.

Como todo país conjugado en la primera hora de la independencia —y aún en nuestros días— el Paraguay tuvo que soportar la intervención armada de los primeros instrumentos del imperialismo que en la guerra de la Triple Alianza, bajo las palabras sacrosantas de "democracia y libertad" saqueó, mutiló y desmembró al Paraguay, política, económica y culturalmente independiente.

Veamos esquemáticamente:

Paraguay antes de la guerra del 70

a) Barcos mercantes paraguayos construidos en astilleros propios del Estado, surcando los mares con productos nacionales e introduciendo al país artículos manufacturados, maquinarias, libros y técnicos europeos —éstos— contratados por el Estado.

b) Ferrocarriles y telégrafos —los primeros en Sud América— también del Estado.

c) Altos hornos de fundición de metales pesados, con producción de herramientas agrarias y cañones para la defensa de la soberanía nacional permanentemente amenazada.

d) Ninguna deuda externa; el pueblo paraguayo era el que menos impuesto pagaba en América. Con su moneda, la de mayor poder adquisitivo, negociaba con cualquier país, de igual a igual.

e) La tierra y sus productos pertenecían a quien la trabajaba y todo trabajador nativo o extranjero tenía aseguradas las mejores tierras de explotación, con bueyes y lecheras proveídos por las estancias "La Patria". El negociado de las tierras de explotación y sus secuelas el latifundio y el minifundio eran desconocidos en el Paraguay independiente.

f) Centenares de jóvenes becados por el Gobierno asimilaban la ciencia y la técnica modernas en las mejores universidades europeas,

con fines de su aplicación en la floreciente evolución económico-político-cultural del país.

g) Política internacional de solidaridad efectiva de los Estados latinoamericanos tendiente a la integración de la gran Nación Continente para mejor salvaguarda de los legítimos intereses nacionales latinoamericanos, hoy escamoteados y balcanizados por la infiltración imperialista que alienta bastardas ambiciones de caudillos, tiranuelos y oligarquías entreguistas.

h) Fortaleza moral y espiritual de gobernantes y gobernados, basados en la libertad efectiva de una democracia funcional en pleno proceso de desarrollo y afianzamiento. (Lo prueba, entre otros, la resistencia sin precedentes del pueblo en armas defendiendo el decoro integral de la nación, durante cinco años, en inferioridad de condiciones materiales, pero con una superioridad moral y espiritual puesta de relieve en todos los terrenos de la guerra de la Triple Alianza.

El Paraguay después de la guerra de la Triple Alianza

a) Monopolio de navegación de los ríos con altos fletes y gravámenes a los productos paraguayos por una Compañía de Navegación Anglo-Argentina.

b) Ferrocarriles nacionales entregados en leoninas concesiones a largos plazos a una Compañía inglesa de ferrocarriles, con todas sus consecuencias de altos fletes y pasajes. (La mayoría de los agricultores y trabajadores paraguayos, siguen utilizando sus carretas, sus caballos o sus propios medios de locomoción para trasladarse a la Capital o a pueblos cercanos a la vía férrea, por falta de medios para pagar sus pasajes o los fletes de sus productos).

Los que no tienen carretas son víctimas de los acopiadores de frutos del país, de elevados costos de almacenaje en los depósitos ferroviarios, que "no teniendo vagones disponibles" (sic) siguen aumentando en proporción geométrica a los días transcurridos, el costo de almacenaje, a expensas del productor; jamás a costa del acopiador y mucho menos de la empresa ferroviaria). Una cláusula de la concesión ferroviaria no permite la construcción de carreteras paralelas a la vía férrea, etc. El Estado, además, tiene una deuda cientos de veces millonaria con la Empresa ferroviaria por costos de fletes de materiales y transporte de soldados de la guerra del Chaco, las guerras civiles frecuentes y de los privilegiados burócratas de la administración pública de todos los "pelajes" que asuelan el país. En síntesis, una típica empresa extranjera que, a pesar de sus "déficits anuales" anunciados sigue administrando la empresa ferroviaria, posiblemente por Amor al Arte.

c) La inicial explotación de la industria pesada totalmente desaparecida. Los altos hornos de Ybicuí, llamados por los lugareños "Minas cué" se encuentran en la actualidad totalmente deshechos, en los dominios de una familia terrateniente, cubiertos por el follaje de

la selva que cumple el papel de un verde cofre guardando una reliquia casi legendaria.

d) Las deudas externas e internas son fabulosas. Los primeros empréstitos fueron operados en Londres, sobre las ruinas humeantes del suelo paraguayo arrasado (1871-1872). Estos empréstitos, en los que ofició de mandatario el pequeño núcleo de legionarios paraguayos que cumplieron el triste papel de "vaqueanos" de los ejércitos invasores, nunca llegaron a las arcas fiscales. Llegaron sí a los bolsillos insaciables de los que gestionaron el empréstito; "los paraguayos que acompañaron a los Aliados para liberar al pueblo paraguayo de un tirano..." (Sic). Sin embargo el Estado paraguayo tenía que pagar esa deuda con altos intereses. Es decir, el pueblo paraguayo estaba amarrado a los primeros tentáculos del pulpo imperialista introducido violentamente en nombre de la libertad, por la Triple Alianza.

e) Le llegó el turno a la tierra que los "reconstructores de la nacionalidad"; "los auténticos exponentes de la paraguayidad" se distribuyen entre amigos y por inexplicable casualidad, a fuertes consorcios capitalistas de habla inglesa. Miles de leguas de montes taníneros, yerbateros y madereros en general pasaron a ser fuentes de explotación de voraces empresas esclavizantes, en cuyos flamantes feudos, el brazo vigoroso del pueblo está pereciendo lentamente, bajo la enérgica capacidad de los gobernantes de post-guerra del 70 (1).

Con el auge y la voracidad del latifundismo progresivo proliferaron los minifundios, con sus secuelas de pauperismo, miseria, servilismo, anemia física y moral de grandes masas humanas; muchos han tenido que emigrar y siguen emigrando a fronteras vecinas, después de heroicos actos de rebelión contra la bien armada opresión.

f) Surgieron los petimetres criollos hijos de caudillos o estudiantes "aventajados" de "buena familia", es decir de la "alta sociedad" o hijos de nuevos ricos que disfrutaban del botín de algún afortunado atraco a las arcas fiscales o a los Bancos del Estado. Invaden las Embajadas o los cabarets lujosos europeos o americanos, su anacrónica etiqueta de cuello mariposa y levita, derrochando a manos llenas el dinero del estado en viaje de placeres y en los casinos, mientras su pueblo anda descalzo, pasto de enfermedades endémicas y epidémicas, no tiene escuelas ni hospitales y sigue arando tierras ajenas con el primitivo arado de palo. La capital, Asunción, recostada sobre el torrencioso Río Paraguay, carece de instalaciones sanitarias y servicios de agua corriente...

g) La política internacional adquiriendo caracteres de cinismo mendicante negocia el patrimonio nacional a cualquier precio, siempre y cuando esos negocios signifiquen la prolongación del usufructo de los privilegios del poder.

h) Salvo en raras excepciones los regímenes de diversos matices

(1) El General Bernardino Caballero, magnífico combatiente en la guerra del 70, pero inescrupuloso mandatario, fué quien enajenó las mayores fuentes de riqueza del país. Con él se inauguró en el Paraguay el latifundismo, el monopolio de empresas extranjeras de transportes y explotación feudal, tanínera, ganadera, etc.

han empujado a grandes masas en estériles y agotadoras guerras civiles en que el apetito personal de algún caudillo o de fracciones antagónicas de un mismo partido, pugnan por el predominio del poder, fuente de privilegios y de riquezas; pasando a ser así el Estado la industria más productiva y de resultados más rápidos para los aventureros y elementos incondicionales de los grandes intereses creados de fuera y de adentro.

La guerra del Chaco; guerra por el petróleo en que ni Bolivia ni Paraguay participarían de sus beneficios, sacudió profundamente el espíritu del pueblo paraguayo que desde el desastre de 1870 estaba en trance de lenta convalecencia. Los acontecimientos mundiales y los del continente latinoamericano habían llegado con su aliento de esperanza, de corrientes revolucionarias, hasta las aulas universitarias y secundarias de Asunción; así como a los grupos sindicales del incipiente contingente obrero. La guerra del 14; la revolución rusa; la reforma universitaria de Córdoba; la gran crisis mundial de 1929 no pasaron desapercibidas a la generación nueva del Paraguay. La guerra del Chaco sorprendió al régimen liberal imperante en plena crisis moral y administrativa; la masacre estudiantil del 23 de Octubre de 1931 frente al palacio de la presidencia y la masacre obrera en los feudos de Puerto Pinasco daban la pauta de la poderosa presión popular contra el régimen de explotación y especialmente de la ofuscación suicida de la clase reaccionaria incapaz de contener con medidas democráticas la insurgencia de una corriente revolucionaria auténticamente nacional, que nada tenía que ver con los partidos tradicionales colorado y liberal.

Las grandes masas populares de los yerbales, obrajes, fábricas y aulas estudiantiles aisladas y fanatizadas por las oligarquías y la política de divisas, por un lado y reprimidas por una sorda perecuación policial en sus manifestaciones de rebeldía, por otro, se unieron en las trincheras del Chaco. Así surgió la Revolución del 17 de Febrero, Revolución de estudiantes, campesinos, obreros y militares combatientes, que lejos estaba de inspirarse en los totalitarismos europeos, como afirma muy mal informado en el capítulo sobre el Paraguay en su libro mencionado.

El gobierno de la revolución del 17 de Febrero de 1936 fué violentamente derrocado por militares amaestrados por la vieja oligarquía:

1º) Porque estaba aún pendiente el Tratado de Paz del Chaco en que la Standard Oil llevaba las de perder con la intransigencia del gobierno revolucionario. Varias instalaciones petroleras de dicha compañía quedaban a retaguardia del ejército paraguayo que había avanzado hasta los límites de entonces del Paraguay. (Después de la caída del gobierno febrerista se firmó el Tratado de Paz haciendo retroceder al ejército paraguayo hasta los límites de las instalaciones de la Standard Oil. Actualmente el Chaco paraguayo está dado en concesión por 50 años prorrogables a una compañía petrolera norteamericana; la California Oil Co. En una de sus cláusulas se establece que dicha compañía se regirá por las leyes del estado de California. Constituye una reserva

inexplotada de dicha compañía toda esa vasta zona petrolífera del Chaco).

2º) Porque el gobierno revolucionario se abocaba a la convocatoria de una Asamblea Nacional Constituyente, libre y soberana en que los representantes del pueblo, elegidos por primera vez libremente, iban a elaborar una moderna Constitución, conforme a la época en que se vivía.

3º) Porque en seis meses había expropiado tierras de explotación agrícola para 10.000 familias, quienes ocuparon de inmediato sus respectivos lotes; estaban en trámites otras tantas expropiaciones. Se había establecido el horario de 8 horas, por primera vez y se habían creado órganos competentes para los pleitos entre patrón y obrero.

4º) Reivindicó a sus Próceres calumniados y declarados traidores por los legionarios y sus continuadores en el gobierno hasta 1936.

5º) Proclamó su política anti-imperialista y democrática y gobernó en consecuencia con estos principios, tanto en el gobierno revolucionario de 18 meses como en su participación en el gobierno de coalición de 1946. El gobierno de coalición mantuvo amplias libertades políticas y sindicales durante los seis meses de permanencia de los ministros febreristas. Todas estas libertades fueron violentamente conculcadas al ser radiado dicho Partido del gabinete de coalición conjuntamente con los representantes democráticos del ejército.

6º) El Presidente del gobierno provisional revolucionario, Cnel. Rafael Franco, fué derrocado a los 18 meses, sin poder atribuírsele ninguna apropiación indebida del erario público, cuyo balance arrojó superávit, reconocido por los más ensañados adversarios. (Hecho sin precedente en la historia del Paraguay de post-guerra del 70).

(Adjunto manifiestos, proclamas, órganos partidarios y datos bibliográficos para mejor ilustración sobre estos y otros puntos abordados en esta carta).

La vuelta de la reacción al poder impidió el proceso de revisión histórica y de cambio fundamental de toda la estructura del Paraguay contemporáneo. La constitución de 1940, impuesta de un plumazo por Estigarribia, de inspiración francamente totalitaria, es la que rige el "orden jurídico de paz" en la prolongada dictadura que soporta el país. De la misma se valieron para auto-reelegirse a punta de bayonetas, todos los presidentes que hasta la fecha se turnaron para hipotecar el país. Entre esos presidentes figura con relieves propios el señor Natalicio González, para quien usted, posiblemente mal informado, no escatima los elogios más fabulosos. Algunos datos extraídos al azar le pueden dar la pauta de la catadura moral de este brillante escritor y estudioso pero malísimo mandatario que sufre de cierta enfermedad psíquica que entre aristócratas se llama cleptomanía y entre pobres tiene un nombre más común y mejor conocido por todos. Natalicio González no consiguió con Morínigo la libertad de los partidos políticos. Esas libertades fueron impuestas a Morínigo y a Natalicio González, por la juventud militar, y fueron apoyadas y sostenidas por el

Partido Revolucionario Febrerista, como integrante del gobierno de coalición en 1946.

Natalicio González atracó la convención de su propio partido Colorado a mano armada, para imponer sus improvisados convencionales y erigirse en candidato único bajo un terrorismo sin precedentes en el Paraguay. Cuando Natalicio González recibió la banda presidencial, a dos cuadras del Congreso estaban hacinados 2500 presos políticos en una penitenciaría para no más de 500 presos de delito común, quienes estaban en el mismo corralón. A esa fecha habían abandonado el país 500.000 habitantes, dejando sus ranchos, sus chacras y lo poco que tenían a merced de las bandas terroristas que con uniformes del ejército y la divisa del partido Colorado, se dedicaban a sembrar el terror con sus saqueos, violaciones y asesinatos en todo el país. Natalicio González, cleptómano empedernido, desvalijó las cajas fuertes del Banco de la República y actualmente pesa sobre él un pedido de extradición, razón por la que no puede acercarse a estas regiones de América del Sur. Sus sucesores inmediatos y los actuales no son menos mancos.

Este es el drama paraguayo. Estoy en condiciones de proveerle de más informaciones si usted cree conveniente. Usted puede contribuir con el pueblo paraguayo en su lucha por la recuperación del decoro nacional. Estas líneas son para llamarle a reflexión. En nombre de la solidaridad de los pueblos, no de hombres o individuos, solicitamos fraternalmente la rectificación de los conceptos de su libro en lo referente al Paraguay.

LA ALIANZA HISPANO AMERICANA

por RÓMULO GALLEGOS.

MUCHAS promesas, una que otra tentativa, ningún esfuerzo capaz de afrontar y vencer los obstáculos y dificultades inevitables en obras de tanta trascendencia, es todo cuanto han dado, los que dicen llevar en sus almas, restos del gran ensueño del Libertador. Y aun esto ha permanecido ignorado por los pueblos, se dirá que ha sido dicho en voz alta, pero esta voz no habló lo bastante, no dijo todo lo que había que decir, tal vez no supo evidenciar toda la sinceridad y buena fe que la inspiraban.

Si ella hubiera sido el verbo de los escogidos, de los verdaderos directores de pueblos, cuando se trata de ideas, de los hombres que están por su intelectualidad colocados en el nivel más alto de las sociedades no se hubiera perdido tan pronto en el vacío.

Y es esto lo que veníamos a proponer. Comience por ellos la alianza; fácil será realizarla a quienes puedan disponer de este lazo de unión universal: la idea.

Si los nuestros quisieran hacerse oír de los extraños ignorados y si la voz de éstos pudiera llegar hasta nosotros, sin duda que en este sentido lograríamos triunfos, quizás más lentos, pero más eficaces y perdurables, que los que obtendríamos por otro camino. La solidaridad de las ideas prepararía el terreno a la de los intereses de estas naciones hermanas; las alianzas comercial, militar y política vendrían después como una consecuencia de la alianza del pensamiento que, pulsando el alma americana, haría ver ya no como una hermosa utopía, sino como una cosa realizable y de toda urgencia necesaria, la armonía de las naciones que, apenas separadas por fronteras geográficas, parten de un mismo origen, son de una sola raza y están llamadas a cumplir un idéntico destino.

Vivimos en un aislamiento injustificable del resto del continente americano; nada o muy poco sabemos de nosotros mismos, en tanto que conocemos los más mínimos detalles de la vida de los extraños. Nuestra intelectualidad se nutre de la savia europea, como nuestro comercio de sus productos, y generalmente llegamos a interesarnos más por los problemas políticos o sociales que allá se resuelven, que por las propias necesidades que aquí piden urgente solución. Nuestra vida toda pende de Europa, sus destinos parecieron ser los nuestros; de espaldas al continente; frente al mar, estamos siempre hurgando los horizontes en la espera de algo que viniera a resolver nuestra suerte, quizás la buena nueva que venga a predicarnos con sus cien bocas de muerte algún acorazado.

Si alguien se incorporara a gritar a todos, que nuestro porvenir es el de la América Latina, que en nuestra sangre está quizás la fuerza que ha de realizar futuros prodigios, que no pende la suerte de la humanidad de las viejas razas que caminan a su decadencia en el extranjero continente, sino el ímpetu y el vigor juvenil de las que se levantan en el nuestro, dando traspies, porque aún comienzan a andar, y tanteando rumbos, pero seguras de su propia fuerza, sin duda habríamos colocado la primera piedra de aquel edificio que soñó Bolívar.

(1) *Humanismo*, —la revista “al servicio de nuestra América” que pilotea en México, lugar de su exilio, el representativo cubano Raúl Roa— ha rendido homenaje a Rómulo Gallegos en su setenta aniversario reuniendo en un libro de 550 páginas, al cuidado de Ricardo Montilla, los trabajos, discursos, mensajes y conferencias del autor de *Doña Bárbara* acerca de temas que definen su fe y sus labores para recrear las patrias latinoamericanas. De ese libro —mensaje permanente— tomamos una página. Fué escrita por Gallegos hace cuarenta y cinco años; precisamente, en la fecha del centenario de la independencia política de nuestro continente. Mantiene, hoy, rigurosa actualidad. Y constituye un programa de labores inmediatas y urgentes, a las que asociamos nuestros afanes: la alianza de nuestra América para el progreso social, para la total independencia con respecto a todo imperio, para la cultura, para la libertad, para la justicia...



POSTAL DE BRASIL LA MASCARA Y LA REVOLUCION

Por primera vez conocimos este año el famoso Carnaval de Río. No hacía tanto que habíamos estado en Brasil y algo ya teníamos aprendido de su pueblo y de sus problemas.

Pero nos sugestionaba el hecho de conocer a nuestros hermanos en esa locura colectiva: para nosotros el Gran Mito, la ficción más asombrosa de un pueblo doblemente sometido.

Ritmo africano, con similitud al indoamericano. El paso de la “samba” es el paso histórico de su pueblo. Tantos pasos atrás como adelante... pero terminase en la calle y avanzando, lentamente, pero avanzando.

Este Carnaval de 1955 —según los brasileños, sus diarios más “serios”—, ha sido más triste. El costo de la vida es cada vez más elevado y los ingresos promedios no permiten hacer frente a esa espiral.

Centenares de ciudadanos yanquis acuden esos días a Copacabana. Y oh contradicciones de estos “racistas” que han de soportar continuamente —en sus paseos y en las playas— la presencia de los “pretos” (negros) y convivir casi permanentemente con estos nativos sudamericanos.

Naturalmente que en los “grandes” hoteles cuesta encontrar en el personal de servicio visible, a un hombre de color. A lo sumo algún que otro mulato “aclorado”.

Copacabana está influido notoriamente por el método de vida de los capitalistas del norte. Bailes a todo lujo; vestidos —o desnudos— de ricas sedas y

ITINERARIO AMERICANO

pedrería. Todo, todo es importado en Copacabana: el whisky, el tabaco, los automóviles deslumbrantes, hasta los “mercachifles”, todo es importado... menos el pueblo que realmente trabaja. Ese pueblo es nuestro, es americano, de los americanos de Bolívar, de Martí, de San Martín.

Y ese pueblo asiste a las orgías de los del norte, de los quince mil invasores de Leblon (1), con amargura, grabando silenciosamente el festín de los rubios, llenos de inquietud y amando noble y santa rebeldía.

En Brasil hay libertad de prensa, de radio y de televisión, que el pueblo valora hasta sus justos límites. Pero al analizar estas libertades las subestima y, en paroxismo expresivo, llega a desear para su Patria un hombre fuerte. ¿Qué pasa...?

Conversamos con trabajadores de distintas actividades y todos coinciden en destacar estos concretos: a) La incidencia abrumadora en la vida de los trabajadores, de una inflación en pleno auge; b) su rebeldía —expresada con epítetos variados— contra la influencia yanqui; c) su disconformidad con el “régimen”, que muchos inculpan originalmente a Vargas, a quien acusan de materializar con sangre el comienzo del entreguismo; d) deseo de un gobierno para el pueblo, de una transformación radical de 25 años de política económica equivocada.

En lo que más están de acuerdo los trabajadores consultados y no siendo, sin embargo, aparentemente una causa material, es en su repudio ostensible hacia los yanquis.

Qué destino fatal el de los norteamericanos, que llevando sus dólares a todos sitios, no son queridos por los pueblos...

(1) *LEBLON*, *playa contigua a la de Copacabana, habitada casi exclusivamente por yanquis (cálculanse unos 15000) y donde éstos no permiten la construcción de Hoteles.*

¿Qué virtudes les faltan a estos colosos...?

Pero también en Brasil hay gentes que los quieren. Hemos conocido y tratado a alguna de esta gente. Son hombres de negocios, de "toda clase de negocios". Hombres que nos enrostraban, con énfasis, su libertad de prensa y la libertad para el comercio. Ninguno de ellos nos habló en ningún momento de sus obreros, del pueblo brasileño. Nos recomendaban asistir a los grandes bailes del Municipal, del Copacabana, a conocer Quintandinha. Todo esto, junto a la invasión de artefactos eléctricos para uso doméstico, al nylon o a las mallas "Catalina", deslumbra a estos amigos de los del Norte.

Lo que a esta minoría deslumbra es precisamente lo que al pueblo —que no lo puede obtener— exacerba y lo hace pensar en un hombre fuerte o en el Comunismo.

Por eso que los movimientos revolucionarios de América, sorprenden a estos hombres de negocios —de toda clase de negocios— y les hace poner el grito en el Cielo, clamando por sus libertades. Y, ¿el pueblo...?

Hemos vivido ese Carnaval 1955 en todas sus capas sociales, desde los más "elegantes" Hoteles hasta en las cuevas de los pretos. Hemos palpado inquietudes comunes de estos hermanos latinoamericanos.

Cuando suene la hora del Brasil no podrán repetirse estos Carnavales, tal cual los hemos conocido.

No nos consideramos puritanos. Respetamos particularidades de las distintas razas de nuestro Continente. Pero estamos seguros que estas manifestaciones grotescas, eclosión contradictoria de un estado subconsciente de rebeldía, mueren tan pronto los pueblos son satisfechos socialmente, tan pronto como los hogares de los trabajadores obtienen el bienestar y las seguridades de una vida decorosa.

Brasil cumplirá su ciclo revolucionario con marco de apoteosis histórica y continental, pues a ello contribuirán el factor humano forjado en la miseria, y, de otra parte, las extraordinarias riquezas naturales, no aprovechadas hasta ahora adecuada ni científicamente.

Un humilde mulato construía este año con arena, en plena playa de Copacabana, réplicas de la tumba de Jefferson y del Capitolio, a cambio de monedas

que le arrojaban los rubios atraídos por el arte del carioca. Formulamos nuestros votos para que el mulato, pronto, vuelva, sin el problema de las monedas, a grabar en su arena un Canto de Amor y Libertad.

ANTONIO A. SASTRE

EL SINDICATO ESTADOUNIDENSE Y NUESTRA AMERICA LATINA

AMERICA española contó, para perder el calificativo que la signaba como colonia de aquel Imperio, con colaboraciones bien heterogéneas. A pesar de ellas la gesta de la Independencia le pertenece por entero, ya que esos factores y esas voluntades coadyuvantes no comprometían su porvenir.

La misma América, en trance de liberarse económicamente de los yugos que la sujetan a distintos imperios y, muy fundamentalmente, al que tiene por sede a Wall Street, puede y debe buscar colaboradores donde los encuentre.

La pesquisa que conduzca hacia esos posibles colaboradores, es tarea revolucionaria. La utilización inteligente de esa ayuda, lo es asimismo.

¿Los propios Estados Unidos no podrían, quizá, proporcionar un aliado a la América latina?

Examinemos el mapa social de los Estados Unidos. Existe allí una clase que puede mirar con simpatía la causa de la independencia de los países australes del continente. Esa clase, es la obrera.

Hecho el descubrimiento, nos sorprendemos alegremente por la talla que imaginamos en el posible aliado. Pero no nos dejemos engañar por la apariencia. Acerquémonos al supuesto gigante.

El movimiento obrero de los Estados Unidos no se corresponde, en términos proporcionales, al progreso industrial alcanzado por ese país. Si por este progreso lo juzgáramos, debiéramos aceptarlo como encabezando la tabla de valores sindicales del mundo. Infortunadamente no es así. El sindicalismo norteamericano carece de fuerza política autónoma. Aunque incursiona en lides electorales, es sumamente cauto en materia política y procura no comprometerse, sobre todo

si el compromiso ha de ser con la izquierda. Asimismo carece de impulso revolucionario, y en la lucha por las ventajas inmediatas no va tampoco demasiado lejos. Carece de una total unidad de dirección y aún ahora, que aparece experimentando una fusión de sus dos grandes centrales, se deja de lado a los mineros de Lewis y quedan asimismo al margen, junto con grupos muy politizados, gremios y federaciones independientes. Considerado en proporción a su población industrial, el sindicalismo norteamericano dista mucho de ser el más numeroso. Al contrario, sus trabajadores no se sindicalizan sino en una medida relativamente pequeña y han quedado sin una seria agremiación vastas zonas de su territorio que deben ser arduamente conquistadas por los grandes sindicatos, en duras batallas que aún perduran.

Ya el posible aliado ha disminuido su talla. Pero esto no es todo. Nos resta considerar hasta que punto podemos considerarlo, en realidad, como movido por intereses e ideas que conculgen con los nuestros.

El obrero yanqui, como beneficiario de la explotación que hace el capital de su país de los territorios del sur, no puede ignorar que en parte su nivel de vida está basado en tal explotación.

Falta conciencia de clase suficientemente clara en el obrero medio norteamericano para vencer el sentimiento patriótico del privilegio basado en una presunta superioridad racial y una real superioridad técnica.

El movimiento obrero yanqui es, por lo demás, fácil presa de un patriotismo dirigido. Comienza por dividir el mapa de su propio país en aguerridos obreros, al norte, y explotados trabajadores, al sur. Distingue igualmente entre blancos y negros, forzando a éstos a permanecer parcialmente fuera de sus movimientos sindicales oficiales. También procura mantener apartados de sus sindicatos a los latinos que constituyen generalmente un ejército de reserva para su industria y, en consecuencia, debilitan las posibilidades reivindicacionistas de los yanquis.

No obstante, es asimismo claro que hay un cierto y real progreso en el movimiento sindical norteamericano. A través de sus estructuras se va forjando una fuerza política que ya asoma en las convenciones del partido Demó-

crata y obliga a éste a una posición todo lo consecuente que cabe esperar de un conglomerado en el que pactan los intereses por encima de los programas. Tarde o temprano, esta política sindical, ha de generar una fuerza que pese más y más en el destino de los Estados Unidos.

La unidad transitoria de las dos grandes federaciones será una prueba para el sindicalismo norteamericano que encontrará ocasión para librar nuevas batallas, mientras prosigue la conquista del sur por sus pioneros, acercándose así a los latinoamericanos.

Ya los obreros de los EE. UU., o al menos dirigentes suyos, han dicho palabras en favor de los pueblos oprimidos del sur. En el caso de los obreros mejicanos explotados en suelo yanqui, afirmaron lo suyo. Sostuvieron también, aunque débilmente, la causa de la independencia guatemalteca.

La línea de aproximación entre el sindicalismo norteamericano y los movimientos de liberación de América Latina pasa, forzosamente, por el movimiento obrero propio de nuestro continente.

Para que esta etapa fructificara, nuestro sindicalismo debiera reunir ciertas condiciones, que hasta ahora no han sido dadas. Dificulta toda aproximación, la extraordinaria división de las fuerzas gremiales de latinoamérica. Las divide el interés demagógico de los unos y el no menos interesando colonialismo de los otros. Dirigentes que aceptan el comando ideológico del comunismo o del papado juegan al predominio de las centrales, en pugna con los que se han puesto al servicio de los intereses económicos que alientan al sur y al norte del continente.

En la medida que latinoamérica clarifique su propia posición sindical podrá facilitar la aproximación del movimiento obrero norteamericano a la causa de los pueblos oprimidos de esta parte de América. Esto será posible porque estará en condiciones, entonces, de hacer comprender a aquella fuerza que el sometimiento colonial de nuestro continente, retarda su propia lucha por la emancipación. Podrá también, el movimiento obrero suramericano, proporcionar a la organización gemela del norte su propia experiencia revolucionaria para que asimismo comprenda que la meta del proletariado está en lograr para su clase no las mejoras inmediatas, siempre re-

taceadas y presas del despojo, sino en su total liberación.

Es indudable que en este terreno nuestra clase trabajadora se mueve ya con mayor precisión de objetivos que la yanqui. La tarea le es pues accesible, y debe emprenderla. La recompensa está a la vista: una cooperación entre poderosos movimientos obreros capaces de llevar hasta sus últimas consecuencias los fines propuestos.

MARCOS MERCHENSEY

ADHESION PARAGUAYA A LA REVOLUCION BOLIVIANA

EN el año 1932 se inició la llamada guerra del Chaco, protagonizando el drama dos pueblos hermanos: el de Bolivia y Paraguay. En el año 1935 concluyó el crimen de esa guerra instigada por intereses imperialistas del petróleo. Más de trescientos mil americanos muertos en las trincheras y cañadones chaqueños, fué el saldo de esa guerra. ¿Beneficios para Bolivia y Paraguay? Ninguno. Sus pueblos siguieron en el mismo estado de atraso y miseria social. Sus nacionalidades igualmente sojuzgadas por oligarquías y sus consabidos respaldos internacionales. Luego, los pueblos despertaron y buscaron por el camino de la revolución perspectivas más amplias y humanas para su desenvolvimiento. Consecuencia de ello, la insurgencia en Bolivia y Paraguay de dos movimientos populares, que denominados hoy Movimiento Nacionalista Boliviano y Partido Revolucionario Febrerista, representan dentro de sus respectivas fronteras las fuerzas de liberación social y nacional de sus pueblos. A veinte años de terminada aquella guerra fratricida, podemos constatar la profunda emoción de hermandad que los pueblos de Bolivia y Paraguay evidencian recíprocamente, buscando de este modo un acercamiento y una unidad que esté definitivamente a prueba de las provocaciones de los grandes intereses creados que imperan en nuestro continente. Testimonio de esta emoción y de este anhelo, nos brindan hoy los hermanos paraguayos que representan al Partido Revolucionario Febrerista, en una resolución en su última Conven-

ción y que transcribimos por sus alcances históricos y americanistas. Su texto dice así:

La Soberana Convención de los Representantes del Pueblo de la Revolución Paraguaya, organizada en el Partido Revolucionario Febrerista, afirmando el profundo sentido americanista de su doctrina y leal al postulado de la solidaridad activa con todas las fuerzas que allende las fronteras de la patria luchan por la liberación de sus pueblos, y

CONSIDERANDO:

Que el Paraguay como nación; independiente, a través de los actos trascendentales de sus primeros gobiernos próceres, esbozó con profunda vocación de patria libre y hermandad americana, los lineamientos generales de una política internacional rioplatense y continental basada en la solidaridad defensiva, para sostener y consolidar los postulados de la Revolución Americana;

Que la penetración de intereses económicos extraños a la causa de la Revolución Americana y a sus pueblos heroicos, creó y crea artificiosamente dislocamientos y antagonismos entre los mismos, contrarios al espíritu y a la idea de nuestra liberación política, social y económica;

Que Bolivia y Paraguay, dos patrias y dos pueblos hermanos en sus comunes destinos, fueron víctimas a su turno del juego egoísta de aquellos intereses antinacionales y antiamericanos;

Que en Bolivia y Paraguay, como reacción histórica a las fuerzas de extracción antinacional y reaccionaria que motivaron y motivan la anulación de nuestra soberanía política, la pérdida de nuestra independencia económica, la inconstitucionalidad democrática en la vida interna y la explotación indignante de nuestros pueblos, surgieron dos fuerzas de reivindicación nacional y social, que expresan su existencia a través del Movimiento Nacionalista Boliviano y del Partido Revolucionario Febrerista Paraguayo;

Que en la hora presente que viven nuestros pueblos, surge como un imperativo clamoroso, la necesidad de una asistencia y solidaridad activa y recíproca en la prosecución del esfuerzo común y en la consolidación de los principios que informan nuestras doctrinas de liberación nacional, de democracia y de justicia social;

Que asimismo, las fuerzas febreristas de la Revolución Paraguaya hoy dispersas pero organizadas en las latitudes clandestinas de la patria y en los caminos de un destierro vivido con dignidad y altivez, presencian con legítimo orgullo y emocionada simpatía el triunfo de los hermanos bolivianos que, tras de ofrecer a todos los pueblos de América el ejemplo alentador de su heroicidad ciudadana, realizan desde el gobierno una obra fecunda y creadora por libertar definitivamente a la patria boliviana y a su sufrido pueblo de toda suerte de sometimiento y ataduras;

En consecuencia y con carácter extraordinario,

ACORDAMOS:

Artículo 1º — Rendir nuestro fervoroso homenaje de simpatía y solidaridad al pueblo de la Revolución Boliviana, en la persona de su esclarecido Presidente y Estadista doctor don Víctor Paz Estensoro.

Art. 2º — Expresar en esta oportunidad la decisión irrevocable de la Revolución Paraguaya por mantener una actitud de vigilancia activa contra todos los factores e intenciones, ya sean de orden político o económico, que puedan lesionar la hermandad paraguayoboliviana y la solidaridad de sus valerosos pueblos.

REFORMA AGRARIA EN CHILE

EL Partido Socialista Popular, de Chile, ha presentado al Parlamento, a través de su representación en el Senado ejercida por Raúl Ampuero, Eugenio González, Aniceto Rodríguez Arenas, Carlos Alberto Martínez y Gerardo Ahumada; el siguiente proyecto de reforma agraria, en el que fijan los puntos de vista del socialismo chileno para la transformación de las estructuras económicas de la Nación.

PROYECTO DE LEY:

Artículo 1º — La producción agropecuaria es una función social que afecta principalmente a toda la población del país y, en consecuencia, al Estado.

Por tanto, las extensiones agrícolas que no se adapten al desarrollo de la

economía nacional deben desaparecer en la forma y condiciones que se establecen en la presente ley.

TITULO I

De la expropiación de los excedentes de tierras sobre las cabidas máximas de los predios

Art. 2º — Decláranse de utilidad pública y, en consecuencia, expropiables por el Estado las tierras de un predio que excedan:

a) A las 80 has. de riego y a las 1.000 has. en total en las Provincias de Tarapacá hasta Valparaíso y Aconcagua inclusive.

b) A las 150 has. de riego y a las 1.500 has. en total, en las Provincias de Santiago al sur, hasta el río Maule.

c) A las 300 has. de riego y a las 2.000 has. en total al sur del río Maule hasta las Provincias de Malleco y Arauco, inclusive.

d) A las 2.500 has. en total en las Provincias de Cautín hasta Chiloé insular inclusive.

Art. 3º — No se aplicará la disposición del Art. precedente a las Provincias de Aysén y Magallanes y a la parte continental de la Provincia de Chiloé.

Art. 4º — No se aplicará tampoco la disposición precedente a los predios sujetos al régimen de la propiedad indígena.

Art. 5º — No se considerarán para los efectos de determinar las cabidas a que hace mención el Art. 2º:

1º) Las tierras declaradas no agrícolas.

2º) Las reservas forestales.

3º) Las tierras que hubieran sido regadas por tanques y canales construidos particularmente por sus dueños con posterioridad a la promulgación de la ley 2953.

4º) Las tierras cubiertas por plantaciones forestales artificiales, frutales y viñedos y las tierras que les accedan.

5º) Los predios cuya actual cabida en razón de la eficiente forma de explotación actual sean declarados indivisibles por decreto supremo.

6º) Los predios que sean de propiedad de Sociedades Anónimas, agrícolas o forestales, constituidas legalmente hasta seis meses con anterioridad a la promulgación de la presente ley.

Para los efectos de acreditar las circunstancias anteriores, el Ministerio de Agricultura de oficio o a petición de

parte, expedirá una resolución fundada.

Art. 6º — Para los efectos de la determinación de cuales son las tierras de los predios cuya cabida de lugar a excedentes que están sujetos a expropiación, el Ministerio de Agricultura establecerá la parte de los predios que será expropiada, cuando a su juicio en resolución fundada sea necesaria esta determinación previa.

Art. 7º — Decláranse indivisibles los predios agrícolas o forestales para los efectos de la separación de bienes entre cónyuges, liquidación de sociedades conyugales y de comunidades hereditarias en cuanto éstas afecten a los excedentes determinados en el Art. 2º.

Art. 8º — Prohíbese la enajenación a título gratuito u oneroso de dominio o comuneros de partes de predios que tengan excedentes expropiables.

Art. 9º — Prohíbese la enajenación de predios que tengan excedentes expropiables. El reglamento determinará la forma de cumplir lo dispuesto en este artículo y los dos precedentes.

Art. 10. — Se condonan las deudas hipotecarias que gravan los predios cuyos avalúos sean inferiores a un millón de pesos.

Los conservadores de Bienes raíces procederán a cancelar, sin más trámites, las inscripciones correspondientes.

Los juicios pendientes que se refieran a cobro de estas deudas se suspenderán en el estado en que se encuentren.

TITULO II

De la expropiación de tierras no amparadas por el trabajo eficiente

Art. 11. — El presidente de la República dictará en el plazo de dos años contados desde la promulgación de la presente ley un decreto especial, que determine las condiciones técnicas y económicas mínimas a que debe sujetarse la explotación de los predios agrícolas, tomando en cuenta las conveniencias nacionales, las circunstancias regionales y locales y la productividad potencial de los suelos.

Art. 12. — Transcurridos dos años desde a fecha en que el decreto anterior sea cursado se declararán de utilidad pública y en consecuencia expropiables por el Estado los predios o partes de predios cuya explotación sea estimada deficiente por el Ministerio de Agricultura en conformidad al decreto a que se refiere el artículo anterior.

El reglamento determinará el procedimiento que regulará este tipo de expropiaciones el que deberá reservar a la iniciativa exclusiva del Instituto de Reforma Agraria su iniciación y consultar una opción al propietario para hacer presente sus descargos.

Art. 13. — Se presume de derecho que los predios dados en arrendamientos durante los últimos cinco años, por lo menos son de explotación deficiente para los efectos del artículo anterior.

TITULO III

De la expropiación y destino de las tierras

Art. 14. — El reglamento determinará el orden de prelación en que se expropiarán las tierras declaradas de utilidad pública considerando la mejor forma de promover el aumento de la producción agropecuaria del país.

Art. 15. — La expropiación se efectuará mediante decreto fundado del presidente de la República en que se determine precisamente la cabida y deslindes de los terrenos expropiados y su precio, el que se fijará en base al avalúo fiscal vigente a la fecha y proporcionalmente a la extensión y valor de las tierras expropiadas.

Art. 16. — El precio se pagará inmediatamente de cursado el decreto de expropiación en bonos de la Reforma Agraria, emitidos anualmente en el monto determinado en el Reglamento por el Instituto de Reforma Agraria, que devengarán un interés anual del 4 % pagado por anualidades vencidas, redimibles y cuyo valor nominal será reajutable anualmente de acuerdo con las variaciones del precio del trigo en el país.

Art. 17. — Los terrenos expropiados serán inscriptos en el respectivo Conservador de Bienes Raíces a nombre del Instituto de Reforma Agraria.

Art. 18. — Los terrenos expropiados después que el Instituto de Reforma Agraria los haya constituido en unidades económicas de producción en la forma establecida en el artículo 11 de la presente ley, procederá a darle uno de los siguientes destinos:

a) Venderlos a las Cooperativas campesinas de producción.

b) Explotarlos directamente.

c) Rematarlos en la forma en que se señala en los Arts. 9º, 20 y 21 de la presente ley.

El Instituto de Reforma Agraria designará de preferencia las tierras expropiadas a las Cooperativas señaladas en la letra a).

Art. 19. — Las tierras expropiadas que se destinen a ser rematadas de acuerdo con la letra c) del artículo anterior, lo serán en el plazo no superior a seis meses después de constituidas en unidades de producción.

Al remate podrá concurrir cualquier persona residente en Chile que se dedique o quiera dedicarse a la agricultura.

Art. 20. — Tendrán preferencia en los remates los actuales arrendatarios de los predios cuando exista igualdad de condiciones con otros interesados.

Art. 21. — No podrán participar en los remates personas que sean propietarias de otros predios agrícolas o forestales en las condiciones contempladas en el Reglamento.

Art. 22. — Se prohíbe a los adquirentes de tierras rematadas arrendarlas en caso alguno, salvo autorización especial concedida por el Instituto de Reforma Agraria por grave circunstancia justificada. La infracción de esta disposición hará exigible las obligaciones pendientes para con el Instituto de Reforma Agraria, sin perjuicio de las sanciones que determine el Reglamento.

Art. 23. — El Presidente de la República podrá autorizar por razones técnicas o económicas al Instituto de Reforma Agraria para explotar directamente las unidades de producción en casos calificados.

Art. 24. — La tenencia material de los terrenos expropiados continuará perteneciendo a los anteriores dueños en las condiciones prevalecientes al momento de la expropiación hasta terminar el año agrícola en cuyo transcurso se haya efectuado el remate, en la medida en que ello no interfiera la constitución de las unidades económicas de producción. Los medieros e inquilinos se registrarán por el mismo principio en cuanto a sus relaciones con los anteriores dueños en el mencionado período.

Art. 25. — El Instituto de Reforma Agraria procederá en el plazo de seis meses desde la fecha del Decreto de expropiación a constituir en conformidad al Reglamento, las unidades económicas de producción que deberán ser

sacadas a remate, bajo las siguientes condiciones generales:

a) En los terrenos contiguos a los centros poblados que determine el Reglamento se constituirán propiedades de cabida no superior a 30 has. las que serán indivisibles para todos los efectos legales. Se exceptúan de esta modalidad de constitución de unidades agrícolas, los terrenos contiguos a los centros poblados que por el decreto supremo se consideren no afectos a la norma general en base a sus condiciones naturales u otra razón de interés colectivo

Estas propiedades deberán constituirse obligatoriamente en cooperativas para la venta de sus productos, compra de implementos de producción, distribución del crédito y suministro de servicios técnicos.

b) En las regiones regadas o aptas en general para cultivos intensivos no podrán constituirse unidades económicas que tengan una cabida superior a 80 has. de riego y a 1.000 has. agrícolas en total.

c) En las regiones sólo aptas para el cultivo semi-intensivo, extensivos o de secano no podrán constituirse unidades de cabida superior a 1.500 has. agrícolas.

Los predios que se formen de acuerdo a las letras b) y c) del presente artículo deberán también constituirse obligatoriamente en cooperativas para todos o algunos de los efectos señalados en el inciso segundo de este artículo.

Art. 26. — El Instituto de Reforma Agraria tendrá la tuición general de la forma y condiciones de las explotaciones agrícolas de los adquirentes de las tierras expropiadas. La negativa a acatar las normas del Instituto de Reforma Agraria importará deficiencia en la explotación para los efectos del artículo 12.

Art. 27. — Los recursos que obtenga el Instituto de Reforma Agraria por concepto de pago de precio de la venta de tierras de su propiedad, constituirán un Fondo Nacional de Reforma Agraria, de cuyo valor anual deberá destinarse una vez deducido el pago de los intereses de los bonos de la Reforma Agraria, al rescate de dichos bonos en la forma prescrita por el reglamento, al financiamiento de las Cooperativas Campesinas de Producción y a los gastos que demande la constitución y acondicionamiento de las unidades económicas de producción.

TITULO IV

De las Cooperativas Campesinas de Producción

Art. 28. — Se entiende por Cooperativa Campesina de Producción la sociedad constituida por cinco o más jefes de familias pobladores de las unidades económicas de producción para la adquisición y explotación cooperativa de predios superiores a 50 has. de cabida, reservándose para el cultivo y uso individual de cada asociado una superficie no superior a cinco hectáreas contiguas a su residencia.

Art. 29. — Podrán también constituirse Cooperativas Campesinas de Producción integradas por personas que no tenían la calidad indicada en el artículo anterior cuando así lo decreta el Ministerio de Agricultura y en la forma que establezca el Reglamento.

En todo caso, podrán constituirse cuando se trate de inmigrantes agricultores previamente seleccionados.

Art. 30. — El Ministerio de Agricultura certificará en forma previa a la organización de una Cooperativa Campesina de Producción que los terrenos son aptos para los fines perseguidos y que los interesados disponen de los recursos necesarios.

Se entenderán que estos recursos consisten tanto en aportes personales como en los que destine el Instituto de Reforma Agraria de acuerdo con lo que establece el artículo 27 de la presente ley.

Art. 31. — El Instituto de Reforma Agraria determinará anualmente para cada zona del país la cuota de los recursos que le corresponde en virtud de lo dispuesto en el artículo 27 de la presente ley.

El reglamento establecerá la prelación entre los interesados, mediante una calificación por puntaje.

Art. 32. — Las Cooperativas Campesinas de Producción legalmente constituidas o en tramitación podrán solicitar del Instituto de Reforma Agraria la venta directa de las unidades de producción respectiva, en cuyo caso no tendrá lugar el procedimiento del remate y se accederá a lo pedido. El precio de venta será el mismo que se pagó por la expropiación más los gastos en que se hubiere incurrido al constituir la unidad de producción.

El Reglamento determinará la forma

de pago y demás condiciones de la operación.

Art. 33. — Estas Cooperativas serán administradas por un Directorio compuesto de tres a cinco personas. El gerente será designado entre ellos por el Instituto de Reforma Agraria y tendrá derecho a remuneración especial y participación de utilidades.

Art. 34. — El Instituto de Reforma Agraria tendrá la tuición técnica, administrativa y económica de las Cooperativas de Producción.

Art. 35. — Los predios no expropiados en virtud de esta ley estarán obligados a constituirse en Cooperativas Agrícolas para los efectos de los artículos 25 inciso último y 35 de la presente ley.

TITULO V

De la expropiación y concentración de los minifundios

Art. 36. — Decláranse de utilidad pública y en consecuencia, expropiables por el Estado, los predios a los cuales el Reglamento de la presente ley califique de minifundios.

Art. 37. — El precio de expropiación de los minifundios se determinará por su avalúo fiscal y se pagará en dinero con las reglas de derecho común.

Art. 38. — El Instituto de Reforma Agraria a cuyo nombre deberán inscribirse los minifundios expropiados, procederá luego a concentrarlos en unidades económicas de producción de mayor cabida. Para los efectos deberá confeccionar previamente a la expropiación un plan de reagrupamiento de tierras, sin cuya aprobación por el Ministerio de Agricultura no procederán las expropiaciones contempladas en el presente título.

Art. 39. — Los propietarios de minifundios expropiados tendrán prioridad para ser establecidos como colonos en las unidades formadas por reagrupamiento de sus predios, imputándose el valor de las expropiaciones como parte de pago de los predios que los propietarios reciban como colonos, o como aporte a los recursos de una Cooperativa Campesina de Producción, según los casos.

TITULO VI

Del régimen de las tierras fiscales y de las instituciones de derecho público

Art. 40. — El fisco deberá, dentro del plazo de un año contado desde la pro-

mulgación de la presente ley, transferir a título gratuito al Instituto de Reforma Agraria todas las tierras agrícolas de su dominio en el país, las que se constituirán en unidades de producción, que serán rematadas o vendidas a Cooperativas Campesinas de Producción, cuando esto sea técnicamente posible y económicamente recomendable a juicio del Ministerio de Agricultura.

Art. 41. — Las instituciones de Previsión, las entidades semi-fiscales y las de administración autónoma, entregarán al Instituto de Reforma Agraria la administración de sus predios agrícolas y forestales, dentro del plazo de un año, contado desde el momento en que esta ley entre en vigencia.

El Instituto de Reforma Agraria podrá adquirir a las entidades a que se hace mención en el artículo 40 los predios agrícolas de su propiedad cuando lo estime conveniente, acordándose convencionalmente la forma y condiciones de la venta. En ningún caso destinará a este efecto el Instituto de Reforma Agraria, fondos provenientes de los remates.

TITULO VII

Del Instituto de Reforma Agraria

Art. 42. — Autorízase al presidente de la República para fusionar y reorganizar la Caja de Colonización Agrícola con las reparticiones que estime necesario del actual Ministerio de Tierras y Colonización en una nueva persona jurídica de Derecho Público que se denomine Instituto de Reforma Agraria.

Art. 43. — El Instituto de Reforma Agraria desempeñará las funciones que se le asignan en la presente ley y las que actualmente desempeña la Caja de Colonización Agrícola y las reparticiones que con ésta se fusionen del Ministerio de Tierras y Colonización, en lo que no se opongan a la presente ley.

Art. 44. — El patrimonio del Instituto de Reforma Agraria sucederá al de la Caja de Colonización Agrícola y a él se incorporan los fondos asignados en la Ley de Presupuesto a las reparticiones fusionadas del Ministerio de Tierras y Colonización.

Art. 45. — El Instituto de Reforma Agraria dependerá en sus relaciones con el gobierno del Ministerio de Agricultura.

Art. 46. — El presupuesto para el año 1956 consultará un aporte fiscal de \$ 250.000.000 al Instituto de Reforma Agraria.

Art. 47. — El Banco del Estado de Chile destinará anualmente el 20 % de sus créditos agrícolas a mediano y largo plazo al Instituto de Reforma Agraria para el cumplimiento de sus finalidades. Un 40 % de los mismos créditos del Banco del Estado serán otorgados a las Cooperativas Agrícolas señaladas en los artículos 25 y 35 de la presente ley. Estos préstamos se otorgarán con el informe previo favorable del Instituto de Reforma Agraria.

Art. 48. — El Instituto de Reforma Agraria solicitará en comisión de servicios a los servicios agrícolas del Estado, a los empleados técnicos que necesite para el correcto desempeño de sus funciones.

Art. 49. — La presente ley comenzará a regir conjuntamente con su reglamento el que deberá dictarse dentro de los seis meses siguientes a su promulgación.

TITULO VIII

De los sindicatos campesinos

Art. 50. — Agrégase a continuación del título III, libro III del Código del Trabajo, el siguiente título:

TITULO

Del Sindicato Agrícola

“Art. — Las asociaciones de los obreros agrícolas recibirán el nombre de “Sindicato Agrícola” y tendrán además, la denominación del predio a que correspondan”.

“Art. — Los directores de estos sindicatos deberán reunir los siguientes requisitos:

- 1º) Ser chileno;
- 2º) Tener a lo menos 18 años de edad;
- 3º) No haber sido condenado, ni hallarse actualmente procesado por crimen o simple delito; y
- 4º) Tener cédula de identidad personal.”

“Art. — Los Sindicatos Agrícolas deberán constituirse y funcionar dentro del respectivo predio. En todo predio que tenga un avalúo superior a \$ 1.500.000 su propietario deberá proporcionar al sindicato un local adecuado para su funcionamiento”.



VIDA Y PASION DE LA CULTURA

PANORAMA TEATRAL ARGENTINO

A lo largo de la calle Corrientes y sus inmediaciones sienta sus reales el teatro porteño, que es decir el teatro argentino. Para muchas cosas, la República Argentina, sigue siendo Buenos Aires, y el teatro es una de ellas. Los tres millones de habitantes que rodean a "Corrientes y Esmeralda", clásica esquina de la ciudad nocturna, apoyan los espectáculos más variados e impiden hablar en forma absoluta de las preferencias del público. Desde la contemplación de un ayunador hasta la producción escabrosa de algún enredado dramaturgo contemporáneo todo tiene su adecuada recuperación taquillera. Naturalmente, hay sus más y sus menos. Pero cada cual sabe lo que puede esperar de "su público" y da a la palabra "éxito" el prudente valor relativo que experiencias anteriores permiten adoptar. La comedia de costumbres, el sainete, la coreografía clásica y moderna, la revista más o menos pornográfica, la comedia de caracteres, la compañía extranjera en gira, el juguete cómico tienen su público que, sin mezclarse con otro para nada, basta para mantener durante meses un espectáculo en cartel. A esta multitud de elementos se debe que el estudio sistemático de la actividad escénica en Buenos Aires —sin incluir sus anexos de cinematógrafo, radiotelefonía y televisión— suponga organizar un mundo partiendo del caos.

Intentemos, sin embargo, señalar algunas características de esa actividad artística que tanta importancia ha ad-

quirido últimamente en todo el mundo.

Comencemos por lo más importante que es, sin lugar a dudas, el público. En los últimos años es evidente que concurre más gente al teatro, pero también es cierto que lo hace menos veces. La gran cantidad de espectáculos que se ofrecen ha terminado por vencer al hombre medio amante del arte dramático, de que ya no es posible "estar al día". El precio de las localidades le impide además asistir varias veces por mes sobre todo si, como es tan frecuente, debe abonar más de una localidad. Queda con esto descontado que ir al teatro ha dejado de ser una actividad familiar, porque para hacer frente a los gastos que supone presentar una función por mes, se necesita un presupuesto con cómodo superávit. Simultáneamente la ida al teatro se está convirtiendo cada vez más en una actividad social, empleada con frecuencia para retribuir atenciones, pagar servicios, o celebrar fechas íntimas. Espectadores de este tipo eligen prudentemente piezas superficiales y de poca jerarquía artística que puedan conformar el lato común denominador de su grupo. Así se explica que piezas sansas e incluso francamente descoloridas se mantengan indefinidamente en cartel. Un interesante sector del público, cada vez mayor, se ha volcado al teatro Independiente, del que hablaremos más adelante. De todos modos, hay evidentemente mucha gente que por diversas razones se mantiene al margen de los espectáculos teatrales. Descontemos ciertos intelectuales que con razón o sin ella consideran el teatro como una actividad cultural de menor cuantía; descontemos también los fanáticos del cinematógrafo; y siempre será interesante conocer las razones que la mayor parte de la población tiene para mantenerse alejada de los escenarios porteños.

Que las salas estén llenas nada signi-

fica: No hay que olvidar que si, como señalábamos antes, son muchas para que un amante del teatro presencie todos los espectáculos, son siempre muy pocas en relación a la población del "Gran" Buenos Aires, denominación que comprende los densos poblados suburbanos de vida y ritmo análogos a los de la ciudad propiamente. Las grandes distancias, las dificultades de transporte, las limitaciones económicas, la falta de estímulo, obligan a la gente a saciar su sed de espectáculo en el cine del barrio o pueblo. Allí encuentran cálido apoyo las esporádicas apariciones de las compañías teatrales, como viene observándose últimamente. Entre el público del teatro, no podemos dejar de citar al habitual lector de piezas, que, deseoso de conocer las obras importantes de la dramaturgia universal no se resigna a esperar su problemática versión escénica y con más o menos capacidad para imaginarlas mediante la lectura, agota ediciones de clásicos y modernos. Lo cierto es que no hay cómo formarse una cultura teatral prescindiendo de tales lecturas; y en nuestro país, sin ser demasiado exigentes, nos encontramos con grandes lagunas de repertorio. Señalemos como ejemplo que a pesar de la pléthora de actores españoles que inundan nuestros escenarios, los clásicos de la lengua son de hallazgo excepcional en nuestras carteleras; y autores nacionales como Pico, Sánchez o Laferrere no se ven con la frecuencia que sus méritos justificaría.

El tema de la elección de piezas nos lleva insensiblemente a otro importante aspecto de la cuestión: los empresarios. En nuestro medio son habitualmente comerciantes que ni siquiera conocen su negocio, como lo demuestran frecuentes fracasos con obras totalmente desprovistas de posibilidades, cosa que una mediana información hubiera permitido vaticinar. Por su nivel cultural generalmente muy bajo y por su falta de interés en el bien público, los empresarios porteños carecen de responsabilidad para la trascendente función discriminatoria que deberían cumplir. Por desgracia los actores que son empresarios de compañías —y aún de sala— no hacen con frecuencia más que confirmar una regla de la que debieran ser excepción. Su repertorio es dispar, elegido para su particular lucimiento, sin la mayor armo-

nía estética o filosófica. El resto del elenco se acomoda a sus papeles, aguardando melancólicamente su oportunidad que, dadas las características precitadas depende sobre todo de la casualidad. No se interprete esto como una crítica sin atenuantes a nuestros actores: Con más intuición que conocimientos (La mayoría se ha formado al margen de todo estudio sistemático) logran con frecuencia interpretaciones acertadas que el público reconoce y aplaude. De todos modos, el abuso de tipos artificiosos y convencionales, la falta de profundidad en los caracteres y una lamentable tendencia al divismo siguen siendo los principales peligros que constantemente los acechan.

Los actores escriben y sus obras son solicitadas ansiosamente en algunos casos, mientras en otros duermen en el inédito archivo del fracasado émulo de Sófocles. Como es lógico, las producciones exitosas en el extranjero son disputadas por actores y empresarios. Lo mismo ocurre con los autores nacionales capaces de garantizar un éxito de varios meses. Dentro de la producción nacional se observan notables altibajos: Frente al autor de poco vuelo, pero espontáneo y de acertado sentido de la emoción popular, se levanta el hombre de decantada cultura que no vacila en recocinar sus propias piezas. No faltan autores de auténtico talento que sirven al espectador más probable un manjar a la medida, sin la mejor concesión a la propia dignidad. En la escena Independiente, por el contrario, se brindan frecuentes oportunidades a los autores que prefieren no participar de la "Feria de la Plaza". Citemos entre otros a Gustavo Gabriel Levéne, que con su "Mariano Moreno" trasladó limpiamente a la escena nacional los planteos de Romain Rolland en un "Teatro del pueblo". Hemos citado la actividad independiente, que merece párrafo aparte.

El teatro Independiente surgió en la Argentina de la necesidad de convertir en actividad teatral tanto libro, tanta vocación y tanta inquietud que no tenían cabida en el teatro profesional. Sus espectáculos, son como es natural, de calidad variable. Pero el público sabe que todos los años hay por lo menos tres o cuatro realizaciones que superan en todo sentido lo mejor que brinda el teatro profesional. Varios conjuntos esta-

bles en largos años de actuación exhiben orgullosamente la calidad de sus producciones sobre piezas de real mérito.

La actividad oficial se desarrolla en tres salas, una de ellas en reconstrucción. El nivel general de sus espectáculos no difiere demasiado del profesional. Es digna de mención la iniciativa de llevar a salas de barrio a elencos rodantes, con varias piezas en cartel.

El resto del país es una dependencia del ambiente teatral porteño. Conoce algunas de sus realizaciones por giras realizadas habitualmente con medios muy inferiores a la presentación original. No existe un teatro profesional del interior. Son, por el contrario, muy numerosos los conjuntos de aficionados, aún en las poblaciones más pequeñas, donde brindan el encanto del teatro a auditorios reducidos y fervorosos.

Tras este planteo panorámico, en el que deliberadamente se han omitido nombres y referencias directas, cabe preguntarse: ¿Cuál es el futuro del teatro en la Argentina? ¿Llegará a ocupar el papel que merece en el mundo de las ideas? ¿Tendrá una auténtica función en el despertar de la conciencia social del pueblo?

Con absoluta seguridad, puede afirmarse que el teatro argentino desempeñará un gran papel en el despertar americano. Su indecisión actual no es más que un compás de espera para desarrollar una acción fecunda. Los elementos técnicos se están capacitando para superar los más complicados montajes, y de las promociones juveniles surgen constantemente actores deseosos de colaborar en la función social del arte mediante un trabajo serio y entusiasta, sin delirantes exaltaciones de su personalidad. También los autores terminarán por encontrar su camino. El escenario mostrará la vida misma, no su deformación habitual para hacer reír o llorar según el "estilo" de un intérprete. Los grandes temas nacionales lograrán su exteriorización espontánea y fecunda.

Hay que saber esperar. Y esperar trabajando.

ENRIQUE GRANDE

CUENTOS PARA LOS NIÑOS DE MAÑANA: DON JESUS DE AMERICA.

ALGUN día, de esta nebulosa vibrante de relámpagos que es América, la América morena, surgirá inmensa y brillante una gran constelación. Y los hombres del mundo la mirarán con ojos asombrados, y pondrán en ella la fe siempre renovada de las criaturas humanas.

Todos nosotros hemos pensado alguna vez que bastarían nuestras vidas para conseguirlo y que la historia nos haría la gracia de correr más a prisa con la misma premura de nuestras sangres y nuestras esperanzas, y también hemos pensado a veces, cada vez que un golpe nos detenía en la marcha, en nuestras pocas fuerzas, en lo largo del camino y en que éramos, apenas, los anónimos precursores de un sueño.

No sabemos aún en qué tiempo vendrán, cómo se llamarán los hombres que en el momento prodigioso asistirán a la gran transformación. La historia recogerá sus nombres heroicos, como recogió siempre los nombres de los grandes vencedores.

Entonces será el momento en que surjan las leyendas y por la voz de los abuelos sepan los niños de cómo fueron los apóstoles que abrieron la senda y la llenaron de luz.

Y, desde ahora, trato de hacer algún pequeño arreglo con el futuro y me gusta imaginar que aún estaré presente aunque sólo sea para que mi voz de abuela haga llegar a los muchachos de entonces, clara y viva, la imagen de los apóstoles y los héroes que fueron con nosotros.

Quizá porque su presencia interpretó tantas veces los impulsos sin palabras de América. Tal vez porque siempre que habla sentimos que habla con él todo nuestro dolor de América postergada. Porque su ejemplo nos sigue diciendo, cada día, cómo hay que sufrir y luchar y esperar contra toda desesperanza, empezará por un apóstol de nuestros días.

El todavía no lo sabe. Lo vamos sa-

biendo sus discípulos y lo sabrán, algún día, nuestros chicos y muchachas.

Porque nosotros les contaremos así quien fué Don Jesús de América:

"Sobre una de las mesetas más altas en la cumbre norte de la América nuestra, hubo una vez un apóstol a quien se oía a través de todos los bosques y montañas, y su voz era tan clara que llegó hasta las pampas del extremo sur.

"Éramos en aquel tiempo pequeños y vacilantes, y por eso, y porque teníamos miedo, estábamos desunidos e inermes los hermanos de América. Los grandes imperios del mundo nos tenían sometidos y los pueblos vivían —existían— en una tremenda pobreza y una oscuridad inenarrable.

"Había, también, un inmenso deseo de despertar a la vida y a la libertad, y por momentos surgían en los pueblos guías y banderas que se truncaban en la marcha porque no comprendían que ellos solos eran impotentes, o porque apenas eran capaces de aceptar una sola verdad: la de su bandera.

"Pero el apóstol de la meseta no quería una pequeña bandera; estaba muy alto y "le dolía tanto el corazón" por todos los niños y los hombres y las mujeres descalzos, enfermos y oscuros, que abrió los brazos a todas las pequeñas banderas para que se unieran en una sola y grande: la del pueblo todo de América.

"Esa era su gran verdad.

"Había, entonces, bajo las pequeñas banderas hombres que se agrupaban en algo que se llamaba *partido* y en las luchas de todos los días iban perdiendo la pureza que los guiara al comienzo; entonces, Don Jesús haciendo viva la frase de un gran poeta: "todo partido vive de su mística y muere de su política", tomó la gran antorcha mística de la libertad de América y la levantó bien alto para que no la nublara el polvo de las pequeñas contiendas. Por eso, cuando él hablaba todos los americanos de la América morena sabían que en sus palabras estaba la verdad de todos y todos le amaban".

Me parece escuchar, desde lejos, la voz ansiosa de algún niño:

—¿Llevaba los pies descalzos, y manito, y cayado el apóstol?

Entonces, yo sonrío.

"Don Jesús no era un santo; era un

hombre. Y verán ustedes qué curioso: no era un místico profeta; era un profesor de ciencias económicas. El estudiaba, por ejemplo, las riquezas de un país, cómo se producían, quiénes arrancaban esa riqueza con su esfuerzo y qué pedacito correspondía a cada mujer, a cada hombre, a cada niño. Estudiando así, haciendo sumas, y restas, y divisiones descubrió un día que unos ricos extranjeros se llevaban todo el petróleo de su país con nada, mientras los trabajadores que sacaban el petróleo con su fuerza sólo obtenían miseria, enfermedad y muerte.

"Como era valiente, gritó la verdad; pidió que esa riqueza fuera devuelta a su tierra y así se hizo la ley de petróleo de México, que era la patria de Don Jesús.

"Quiero que comprendan que él no lloraba ni apostrofaba como los fanáticos y los iluminados. En aquella época esas cosas las hacían los que pretendían engañar a los pueblos con sus gritos. Don Jesús decía la verdad serenamente, con tanta sobriedad que sólo los que sabíamos, notábamos qué dolor y cuánta esperanza había en cada una de sus frases.

"Un ejemplo: en un viejo número de *Amauta*, una revista de otro gran americano de las horas oscuras, decía Don Jesús refiriendo al reparto de la tierra en su país que algunos pensaban en dar a los campesinos pequeñas parcelas para que se ayudasen un poco trabajando además para los grandes propietarios, mientras otros sostenían que la pequeña tierra debía bastar con el tiempo a las necesidades del campesino pobre convirtiéndolo en pobre propietario; pero, él se alineaba entre los que pedían que la tierra fuera socializada, es decir, de todo el pueblo en común. Y terminaba diciendo: "Creemos que es ésta una de las bases para modificar la estructura social contemporánea, para destruir la organización capitalista; esa absurda organización que ha producido el crimen de la guerra europea y el crimen del imperialismo en los nobles países de nuestra América".

"Y cuando nosotros, todos los que entonces soñábamos con la redención del pobre hombrecito desamparado de América, leíamos esas simples palabras, veíamos desfilar detrás de ellas todos los

campesinos hambrientos, todos los que morían en los ingenios y en las plantaciones de caucho, todos los que arañaban los yermos sin conocer jamás la libertad, ni la dignidad, ni la abundancia, ni la salud. Y nos prometíamos no ceder en nuestra batalla por ellos.

“Y años más tarde, cuando dos grandes países del mundo quisieron dividir a los hombres de nuestra América ofreciéndoles una mentida democracia y el espejismo de un poco más de pan a cambio de la libertad, de la dignidad y de la justicia, otra vez la voz de Don Jesús se alzó clara y limpia para decir la verdad de los justos: “Los pueblos de América Hispánica deben aproximarse, deben defender sus legítimos valores, su modo particular de vida y seguir igual o parecido rumbo. Ni Estados Unidos, ni la Unión Soviética, ni capitalismo norteamericano, ni comunismo ruso. Debemos ser nosotros mismos, sin detenernos, sino marchando hacia adelante en busca de mejores fórmulas de convivencia humana. Quizá esa fórmula sea una democracia socialista, es decir, justicia con libertad”. “Por socialismo entendemos la abolición de la propiedad de los bienes de producción, la existencia de una sola clase social y la producción de efectos sin propósitos de lucro, sino para satisfacer las necesidades colectivas. Democracia, ya lo sabemos: gobierno del pueblo y para el pueblo. ¿Y cómo llegar a esa democracia socialista, por medios violentos o por lentas reformas? Eso lo ignoramos. Pero nuestra preferencia, no la ocultamos, no queremos ocultarla, se inclina por los métodos pacíficos humanos. Nos repugna la sangre derramada estérilmente, siglo tras siglo, con el pretexto de hacer la felicidad del hombre aquí sobre la tierra o en un paraíso extraterreno. Creemos que el ideal de superación humana sumado a una pasión fervorosa y creadora engendrarán una sociedad en que todos gocen de pan, de libertad y de los dones de la cultura”.

“Don Jesús no era un iluso. Al decir esas cosas, él mismo hubiera podido indicar de qué modo convertirlas en realidad. Pudo ser un estadista, porque sabía cómo hacer leyes buenas para los hombres y también pudo haber poseído riqueza con el poder. Pero, desde su

meseta miró a toda esa América tan empobrecida, tan ignorante y desvalida, y comprendió “que no necesitaba *leaders*, sino apóstoles; que tengan alas en el pensamiento y el pecho encendido por el amor a su pueblo”. Así fue cómo dedicó su vida a decir la verdad de América, a enseñar en las escuelas a los futuros hombres y mujeres de dónde salían las riquezas y hacia dónde iban, y, además, les hablaba de la dignidad del hombre, de su libertad, de su necesidad de justicia. Y para que todos los americanos de nuestro tiempo pudiéramos decir nuestras verdades, fundó una revista que se llamó *Cuadernos Americanos*. Desde allí contestaba con su voz incansable todas las preguntas que América entera se hacía, y nos hablaba del gran destino futuro, rechazaba a todos los dueños del dinero o del poder que suspendían las garras ávidas sobre el continente nuestro, y, cada vez, su palabra era más la de todos nosotros, con lo más puro y eterno de cada bandera. El no lo sabía, pero era un apóstol. Martí le hubiera llamado hermano. Con una fe que nos sostenía a todos por igual cuando la estrechez y la extensión del camino nos parecían agobiadores, decía: “Hay nubarrones que cubren el horizonte. No obstante, se siente dentro, del pecho y de la cabeza, en las carnes, en los huesos y en la sangre que hay una luz nueva que se acerca con lentitud, con desesperante lentitud, pero que se acerca”.

“Y seguimos adelante, cada uno bajo nuestra bandera, pero todos viendo la antorcha que Don Jesús levantaba para guiarnos a todos..

“Pero ninguno de nosotros se atrevía en aquellos días —tal era el pudor que nos inspiraba su humildad de hombre bueno— a decirle cuánto creíamos en él. Una vez estuve a su lado, estreché su mano, y no me animé a llamarle maestro”.

“Por eso, diré a los niños si estoy para contarlo:

“Aunque tenía dos apellidos —se llamaba Jesús Silva Herzog—, todos nosotros le llamábamos solamente Don Jesús, Don Jesús de América”.

FANNY YAÑEZ



NACIONALISMO Y SOCIALISMO EN AMÉRICA LATINA

Edición de la Prensa Latinoamericana S. A., de Santiago de Chile, Colección América Libre

LA máxima categoría revolucionaria de nuestro tiempo se expresa en la insurgencia, instintiva o consciente, triunfante o temporalmente derrotada, de los pueblos subdesarrollados que pugnan por conquistar su emancipación nacional y social. Esta lucha, la de los pueblos asiáticos, africanos o americanos, plantea el problema de la dilucidación del papel que en ella cumplen el nacionalismo y el socialismo.

Es que la rebelión es alzamiento de varios sectores sociales: campesinos, obreros, pequeña burguesía y aún la propia burguesía nacional, reunidos todos ellos en la misma acción frente al enemigo común: el imperialismo. Cada clase participa en la batalla con finalidades distintas y determinadas e irá abandonando la acción en la medida en que esas aspiraciones sean satisfechas. En un primer paso el imperialismo puede ser el factor aglutinante y la lucha contra él se manifiesta en los movimientos de liberación nacional que desempeñan entonces una función progresista. Pero muchas veces ya en esa primera etapa se van definiendo otros peligros, otros sectores privilegiados que no quieren dejar de serlo, las oligarquías

GUIA DE LECTURAS

nacionales, generalmente dueñas de las tierras, y que en defensa de sus intereses han pactado con el imperialismo extranjero. De cualquier manera si en el curso del proceso hay sectores obreros que integran el frente revolucionario su característica es que, interesados en llevar la lucha hasta sus últimas consecuencias, van planteando, paralelamente a la independencia nacional, los problemas de fondo que hacen a la misma organización social, afirmando así una posición socialista.

La verdad es que toda revolución popular, por imperio de los tiempos que corren, en que asistimos a la transición revolucionaria hacia nuevas formas sociales, contiene elementos socialistas que se mantienen en la medida en que se incorporan a ella los trabajadores.

Tal cuestión, referida a nuestro continente latinoamericano, es el motivo del trabajo que pertenece al dirigente socialista popular de Chile, Oscar Waiss, y que constituye la primer entrega de la recientemente constituida Prensa Latinoamericana de Santiago. Escrito desde las barricadas, como el propio Waiss puntualiza en el prólogo, la pasión caracteriza su estilo literario y la calificación de hechos y personajes. Más esa pasión, reclamo del propio temperamento, surge de una responsable y leal aplicación del marxismo al análisis de la realidad americana, lo que representa uno de los positivos valores del libro que comentamos.

En diez capítulos y un epílogo, que es un emocionado y a la vez definitorio homenaje a Guatemala, Waiss estudia la situación general de nuestras repúblicas, la penetración del amo imperial, la raíz agraria de los antagonismos fundamentales, la caracterización de las luchas sociales en América Latina antes y después de la independencia, los distintos movimientos y teóricos revolucionarios, para desembocar en las dos grandes corrientes revolucionarias que se mueven en nuestra tierra: los movimientos de liberación nacional, recogiendo reclamos de diversos sectores y

las organizaciones socialistas representando la aspiración de la clase trabajadora.

Sostiene Weiss, con clara y acertada afirmación, que "el nacionalismo latinoamericano, sin la participación activa de dirigentes de convicción y mentalidad socialista, no es capaz de destruir a las clases sociales más reaccionarias y mantiene en su integridad el régimen capitalista y el sistema político de la democracia burguesa". Pero Weiss, inteligente y sagaz político marxista sabe que a la sociedad no basta con interpretarla sino que es necesario su transformación. Y puesto a la labor militante, provisto de la indispensable orientación teórica, afirma que "los partidos de raigambre marxista revolucionaria son los únicos que pueden dirigir conscientemente estas acciones conduciendo la lucha hasta sus últimas consecuencias, organizando gobiernos de contenido revolucionario e impulsando medidas que aseguren el ascenso al poder de las clases auténticamente progresistas".

"Pero, agrega, por un período indeterminado, tendrán que aliarse con los sectores nacionalistas y antiimperialistas para afianzarse en la conducción de las masas y, eventualmente, en el gobierno. En muchas partes los elementos marxistas tendrán que actuar, quizás por cuanto tiempo, en el seno de organizaciones indefinidas ideológicamente, por no existir condiciones positivas para el desarrollo de partidos independientes. En todo caso, concluye Weiss, lo que resulta indudable, es que se inicia en estos países un período en que cada acción aislada, cada huelga, cada conflicto, adquirirán extraordinarias resonancias y tenderán a convertirse en luchas políticas violentas, dirigidas sistemáticamente contra los grupos reaccionarios y las empresas extranjeras".

A todo lo largo de su trabajo Weiss, siente una gran preocupación: la de modular el instrumento que oriente el proceso revolucionario de nuestro continente y lleve a buen término las aspiraciones de nuestros pueblos. Sabe que la clase trabajadora es la única que garantiza el desarrollo total de la lucha. Pero, conocedor de la realidad sobre la que le toca actuar y experimentado militante socialista, combate por igual el reformismo claudicante que caracterizó a los socialdemócratas del Río de la Plata, la sujeción contrarrevolucionaria

de los stalinistas a los dictados y conveniencias de Moscú y el dogmatismo disgregante e inconducente de los filósofos pseudo marxistas.

Sobre la inoperancia de los partidos socialistas del Río de la Plata: "Un partido revolucionario no puede restringirse a la maniobra ni comprometerse con las fuerzas del pasado tras el pretexto de la austeridad moral u otras triquiñuelas verbales. Porque la vuelta al pasado, el compromiso con el pasado, es mucho más inmoral que una alianza transitoria con fuerzas que caminan hacia el futuro, aunque su estación de llegada quede más próxima que la nuestra. Esta es la explicación del fracaso socialista en Argentina y Uruguay donde el abismo sin fondo de la civilidad se ha tragado la combatividad proletaria".

Sobre el comunismo soviético: "Los comunistas, en su período staliniano, han querido convertir el momento transitorio en una verdad permanente. Su desesperación por resguardar las fronteras físicas de sus dominios los ha tornado teórica y prácticamente en conservadores".

Sobre la concepción dogmática del materialismo dialéctico sostenida por algunos teóricos y grupos trotskistas: "Pero lo que no podrán hacer esos cóncaves es ofrecer una teoría consecuente sobre el desarrollo de todo el proceso, ya que sustituyen esa teoría por un juego de palabras y un malabarismo verbal carente de toda seriedad doctrinaria".

Sobre los movimientos de liberación nacional: "Estos partidos y otros de la misma fisonomía conquistan la adhesión popular, porque reflejan en gran parte los anhelos de las capas oprimidas, pero se muestran incapaces de superar la primera etapa y, cuando llegan al poder terminan en un estancamiento impotente que los desprestigia ante las masas y le abre el camino a las fuerzas intactas de la contrarrevolución".

Weiss afirma que "un partido que aspire a encauzar la corriente multitudinaria del pueblo no puede atrincherarse tras el frío hieratismo de consignas caducas. Debe encontrar en el proceso vivo de las luchas sociales nuevas fórmulas y vocablos diferentes que interpreten el sentimiento de las mayorías nacionales, amoldando la propaganda a la doctrina permanente del partido".

Por ello agrega Weiss más adelante "Cuando nosotros tratamos de penetrar en el sentido de la revolución latinoamericana descubriendo sus leyes fundamentales y definiendo el carácter de todo el proceso, no hacemos "escapismo" metafísico, sino que nos incorporamos en un frente de lucha determinado a la guerra de los trabajadores por el socialismo. En cambio, cuando queremos extraer conclusiones concretas aplicables a los pueblos latinoamericanos de premisas abstractas, hacemos idealismo trasnochado o ruido revolucionario pero no acción revolucionaria propiamente tal". "Es muy distinto estudiar el circuito de circulación de la sangre en un hombre vivo que en una momia del antiguo Egipto. Puede sonar mucho más revolucionario, en un momento dado, la orden de formar los "Soviets de obreros, campesinos, soldados y marineros" que la convocatoria a un Congreso Constituyente. Pero la primera no moviliza a nadie, ni a un solo obrero, ni a un solo soldado, y la segunda concita una inmensa agitación de masas. Entonces hay que llegar a la conclusión de que era mucho más revolucionaria la segunda consigna que la primera, porque la comprobación la dan los hechos que, durante la revolución, valen mucho más que las palabras".

Ya en las últimas páginas de su libro y luego de haber analizado el proceso revolucionario en el continente y señalado la necesidad de la reforma agraria y la lucha antiimperialista como pilares sobre los cuales asentar el nuevo edificio social indolatinoamericano, Weiss concluye su trabajo con estas ju-

gosas afirmaciones: "Un partido revolucionario sin principios, es como un cuerpo sin alma. Pero un partido que se dedique a rumiarse mecánicamente sus principios, es como un cuerpo con alma, pero sin cerebro. No se es revolucionario solamente por el hecho de repetir determinadas fórmulas cabalísticas o aún conocer los elementos esenciales del materialismo dialéctico; hace falta, además, apreciar debidamente la correlación de las diversas fuerzas en lucha, ubicarse frente a los partidos y los hombres que representen el pensamiento de los diversos sectores, maniobrar hábilmente para asegurarse el control de las acciones y apreciarse en su conjunto toda la situación para saber hasta dónde se puede transar o en que medida es preciso mantenerse intransigente. El revolucionario que confunda fidelidad a los principios y al programa con la testarudez práctica no pasa de ser un mentecato".

En definitiva, Oscar Weiss nos ha entregado desde las páginas de *Nacionalismo y Socialismo en América Latina* un sustancioso panorama de la realidad continental al par que ha hecho un valiosísimo aporte, cuya falta se hacía sentir, a la orientación y realización de la revolución latinoamericana interpretada con método marxista. Dicho trabajo ha de ser de incalculable valor en el Río de la Plata, particularmente en Argentina, por la necesidad de que dichos países se incorporen a la lucha revolucionaria. Y este último es otro mérito que los socialistas argentinos debemos reconocer en el meditado y valiente trabajo de Oscar Weiss.

MANUEL G. GARCIA

EDICIONES TRANSICION

Casilla de Correo 3321
Buenos Aires

Dardo Cúneo
SARMIENTO Y UNAMUNO
(Segunda edición)

José Martí
**ARGENTINA y la PRIMERA
CONFERENCIA
PANAMERICANA**

J. C. Mariátegui
**DEFENSA DEL
MARXISMO**
(Primera edición completa y
autorizada)

Manuel Galich
EL TREN AMARILLO
(Drama del Caribe)

Dardo Cúneo
**EL ROMANTICISMO
POLITICO**
(Lugones, Payró, Ingenieros, M.
Fernández, Ugarte y Gerchunoff)

Paul Lafargue
**EL DERECHO A LA
PELEGA**
(Con la polémica con Jaurés sobre
interpretación de la historia)

NUEVOS RUMBOS
Publicación de estudios sociales

Director:
Sergio Mena Vergara
Casilla 9031
Santiago de Chile

**CUADERNOS
AMERICANOS**

Director:
Jesús Silva Herzog
Av. Rep. de Guatemala 42
México

POLITICA PROGRESISTA

Periódico de doctrina
Director:
Roberto Rois
Casilla de Correo 1359
Buenos Aires

**REPERTORIO
AMERICANO**

Cuadernos de cultura hispana
Director:
Joaquín García Monje
Costa Rica

BOLETIN

del Instituto Amigos
del Libro Argentino
Director:
Aristóbulo Etchegaray
Beauchef 287
Buenos Aires

HUMANISMO

Revista mensual de cultura
Director:
Raúl Roa
Paseo de la Reforma Nro. 1
Despacho 961
México

Ediciones ALPE

Publicados

Rainer María Rilke
**CARTAS A UN JOVEN
POETA**

Juan Agustín García
LA CIUDAD INDIANA

Jorge Icaza
SEIS VECES LA MUERTE

Ernesto Palacio
**HISTORIA DE LA
ARGENTINA**

M. D. Etchebarne
JUAN NADIE
(Vida y muerte de un compadre)

MONTIEL 2118 - T. E. 68-5429 - Buenos Aires

En prensa

José Marial
**EL TEATRO
INDEENDIENTE.**

Manuel Gálvez
**EL UNO Y LA
MULTITUD**

Dardo Cúneo
**JUAN B. JUSTO Y LAS
LUCHAS SOCIALES EN LA
ARGENTINA**

Luis Franco
HUDSON A CABALLO

H. J. Becco
**BIBLIOGRAFIA
ARGENTINA**

COLABORADORES

Pedro ALBIZU CAMPOS (Puerto Rico), Raúl AMPUERO (Chile), Juan José AREVALO (Guatemala), Rufino AREVALO PARIS (Paraguay), Miguel Angel ASTURIAS (Guatemala), César AVALOS (Paraguay), Nicolás BABINI (Argentina), Pedro BAEZ ACOSTA (Paraguay), Alfonso BAUER PAEZ (Guatemala), Armando BAUZA (Paraguay), Luis BRIZUELA (Paraguay), César CARTER CANTARERO (Nicaragua), Carlos A. CARONI (Paraguay), Hugo Rubén CARONI (Paraguay), Juan CUATRECASAS (España), Gualberto DAMONTE (Uruguay), Juan Silvano DIAZ PEREZ (Paraguay), Fernando DIEZ DE MEDINA (Bolivia), Javier FERNANDEZ (Argentina), Manuel GALICH (Guatemala), Alfredo GAMEZ (Venezuela), Antonio GARCIA (Colombia), Manuel G. GARCIA (Argentina), Joaquín GARCIA MONJE (Costa Rica), Enrique GRANDE (Argentina), Eugenio GONZALEZ (Chile), Víctor Raúl HAYA DE LA TORRE (Perú), Braulio JATTAR DOTTI (Venezuela), Félix LIZASO (Cuba), Juan JUARBE Y JUARBE (Puerto Rico), Julio César JOBET (Chile), Marcos MERCHENSKY (Argentina), Juan José MEZA (Nicaragua), Roberto L. ROIS CORREA (Argentina), Julio MUJICA (Paraguay), Raúl ROA (CUBA), Orlando C. ROJAS (Paraguay), Vicente SAENZ (Costa Rica), Antonio SASTRE (Argentina), Juan Octaviano TAIRE (Argentina), Guillermo URBINA (Nicaragua), Rubén Darío URBINA (Colombia), Luis Emiro VALENCIA (Colombia), Marco Antonio VILLAMAR (Guatemala), Armando VILLANUEVA (Perú), Oscar WAISS (Chile), Carlos ZELADA (Paraguay).

DIRECTORES: *Dardo CUNEO y Ricardo FRANCO*

DEPARTAMENTO ADMINISTRATIVO. Jefe: César MARICEVICH. Sección Informaciones y Archivo: Dúmar ALBAVI, Walter PONTALTI y Martín FUCHS. Sección Expedición: Alcides VARELA y Nicolás CILBERTI.

7 PESOS
MONEDA
ARGENTINA

CORRESPONDENCIA A CASILLA
DE CORREOS 3321 - BS. AIRES